



Delirios y certezas

Chiquita Barreto Burgos

Índice

•

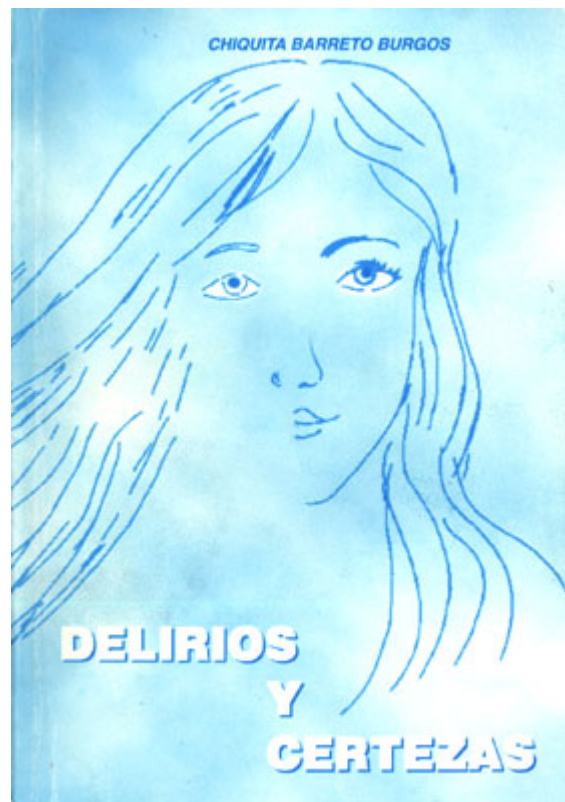
Delirios y certezas

- La niña del violín
- En lo oscuro
- La guitarra
- Me eligió a mí (a Nimia)
- La pruebera
- Insomnio (a Luli)
- Espanto
- De puro susto
- Medianoche
- Jaque mate
- Querida Elsa
- Se cubrió de silencio
- Única decisión
- Re-cuerdos queridos
- Un lindo nombre
- De golpe y porrazo
- De-lirios
- Juan Laguna

- Catarsis

Delirios y certezas

Chiquita Barreto Burgos



-5-

Escribo, porque al hacerlo me reconozco, me perdono y me acompaño.

Ana Chassini

-[6]- -7-

La niña del violín

Teresa trabajaba con la familia León desde los dieciocho años. Hacía veinte.

Le pagaban bien. Le trataban bien.

Hasta le compraron un terreno y le ayudaron a construir una casita, para que tuviera un techo donde guarecerse de la llovizna otoñal de los años y no se humedeciera de congoja sus hábiles manos ni se nublara por el desamparo su eficiencia doméstica.

Era como de la familia.

Sin embargo, Teresa le guardaba a su patrona un profundo rencor, como un río subterráneo, hábilmente disimulado en comiditas de enfermos y tecitos preparados con veneración casi amorosa a la señora eternamente indispuesta e irrealmente hermosa.

A dos años de trabajar en la casa, Teresa tuvo un amante, el único de su vida: fue un romance a oscuras, porque el hombre llegaba y se iba en la penumbra, y sólo le dejaba el susurro de su voz en las telarañas del sueño, su olor vagando en el cuarto y el manantial lechoso entre las piernas.

La patrona vislumbró algo en el andar dormido de Teresa y una madrugada, cuando el visitante nocturno salía sigiloso por el largo corredor oscuro, la señora disparó un tiro al aire y las visitas terminaron para siempre.

El hombre cuya única identidad eran la voz de lluvia y el olor vegetal, no volvió nunca a poblar el laberinto de los sueños de Teresa ni a sembrar semillas desatinadas en el surco incierto de su vientre.

-8-

Ella no se preguntó jamás si aquellos latidos descompasados¹ de su corazón, el temblor de sus enaguas mojadas con olor de ajeno, o el terremoto suave que ponía en su garganta aullidos de agonía era amor, pero sintió sus entrañas llenársele de muertes con la ausencia del desconocido.

Ambas mujeres envolvieron el secreto compartido en un paño de silencio. No hubo comentarios, como si la noche no hubiera registrado en su seno de terciopelo oscuro ese estallido corto y seco.

A los cuarenta años la señora León iba perdiendo las esperanzas de tener un hijo y lo comentaba dolorida con la muchacha que después de tantos años de servicio en la casa era la depositaria de infinitas confidencias.

Los León conocían su discreción² y confiaban ciegamente en su fidelidad, tanto, que ambos confidenciaban con ella y no tenían reparo en ventilar en su presencia sus conflictos más íntimos.

Desde que terminó su casa después de largos meses de asombro por cada hilera de ladrillos, y cada viga de madera misteriosa de selva, por cada abertura cerrada con su carga de cegueras puerta afuera, Teresa pasaba los fines de semana allí, generalmente tirada en la cama chupando a sorbos lentos su mate de leche y canela y rememorando con intensidad sus lejanas noches de amor.

El discurrir del tiempo fue dejando diminutas marcas en el mapa solitario de su cuerpo y gotas agrídulces en su alma.

-9-

Una mañana como tantas otras que fue a llevarle un tecito de tilo a la señora, recostada lánguidamente en la amplia y espléndida cama matrimonial, descubrió en el rostro de porcelana una finas arrugas y se le ocurrió cobrarle aquel maldito tiro. Inventó la primera mentira de su vida; con fingido pudor, en tono compungido le dijo a la mujer:

-Señora, no sé como decirle, a mi edad... me da tanta vergüenza, pero ustedes son mi única familia y tarde o temprano lo van a descubrir... estoy embarazada.

Se restregó los ojos simulando secar unas lágrimas ausentes y esperó su reacción.

Vio como una ráfaga de honda ternura cruzaba el pálido rostro de lirio.

La dama de porcelana marchita dejó el té sobre la mesa de noche, la envolvió con una mirada húmeda desde las piernas de azuladas venas pasando por las manos toscas hasta detenerse en el pozo de insondable oscuridad de los ojos que miraban algún punto inexistente, la atrajo hacía su pecho y la abrazó largamente.

Se contrató otra criada para que la futura madre no se fatigara.

Teresa fue aumentando gradualmente la almohadilla con que disfrazaba su vientre liso y la volvía casi sagrada ante los ojos de la patrona, en cuyas entrañas los años de espera inútil, había plantado una apagada congoja.

-10-

No sabía qué final tendría su farsa, pero la disfrutaba. Cuando llegara el momento tal vez desaparecería por un tiempo, para regresar con alguna historia conmovedora.

No le interesaba el final.

Era tan opaca su vida, tan perdida entre platos repetidos semanas tras semanas, el favorito de la señora, el predilecto del señor y ella sin ninguna historia, tan confiable y juiciosa...

Gozaba melosamente fingiendo un andar lento y pesado, sonriendo secretamente a su imagen reflejada en los espejos de la alcoba matrimonial, en los ventanales de vidrios, en los pulidos pisos, y hasta recuperó la memoria de aquel delicioso olor que el rencor había arrinconado en alguna esquina de sus escasos recuerdos.

Sin embargo, con el correr sin pausa de los días fueron disminuyendo las delicias que le ofrecía su gravidez ficticia, obligándola a detener sus pensamientos en el irremediable momento de la verdad.

Un lunes, dos semanas antes del tiempo calculado para el parto de mentira, después de dos noches de insomnio, regresaba temprano a su lugar de trabajo, decidida a contar en algún momento de ese día la verdad.

La tonta historia llegaría a su fin ese día.

¡Cuánta tristeza desvestida de pudor deberá extender como un mapa, y señalar en su intrincada geografía el itinerario de su inútil mentira, para pedir comprensión!

¡Cuántas puertas deberá abrir corazón adentro, para hacerse entender!

-11-

Apresuró sus pasos para alcanzar la entrada de servicio, se sentía bien llegando antes que la nueva criada -la mirada de aprobación de la patrona le proporcionaba un placer extra-. Se detuvo sorprendida: bajo la exuberante cascada lila de la santa rita en flor, y la silueta aún imprecisa de las casuarinas se hallaba un bulto extraño: era un gran canasto de mimbre, de lo que usan en las panaderías, cubierto con una franela rosa.

Intuyó su contenido y se le desbocó el corazón; las piernas trenzadas de gruesas sogas azules se le volvió de trapo, y un relámpago estalló en su mente. Por un segundo, pensó en alguna trampa tendida por alguien que conocía su secreto.

Respiró profundamente llenando sus pulmones del aire fresco de la mañana y retornó a la vida, a ese lunes, a esa hora. Miró la calle desierta, el sol asomando como una margarita de oro y se abalanzó sobre el gran regalo y emprendió el camino de regreso a su casa con su cargamento de milagro.

Era una niña recién nacida y un violín.

Después del parto siguió trabajando en la casa de los León y su hija se integró sin sobresaltos a la familia.

Con el tiempo la niña se convirtió en una virtuosa del instrumento y recorría el mundo ofreciendo conciertos, siempre acompañada del señor y la señora León, sus protectores, quienes con la maternidad de Teresa también llenaron sus anhelos de tener descendencia.

Nadie pregunto sobre el origen del magnífico -12- violín, pero en las noches de vigilia a Teresa le vagaba en la cabeza como un planeta desquiciado, la incandescencia de la clave.

Para el Concierto de la Tierra, en Río de Janeiro, venciendo su terror a los aviones, Teresa, acompañó a su hija.

Salió por única vez del pequeño territorio conocido. Y por única vez vio a su niña del violín, como le gustaba llamarla en lo hondo de su corazón, ejecutando el instrumento, ante un gran público que le escuchaba embelesado³. Ella también se entregó al sortilegio del sonido. Sintió erizársele la piel por la caricia melódica, sus carnes enteramente atravesadas⁴ por las sonoras flechas disparadas desde el arco mágico por las manos brujas de su niña. Tuvo conciencia que su cuerpo perdía peso; con los ojos cerrados fue levitando mientras la música se alejaba y una gran puerta se abría ante ella; un tropel de imágenes volaban acompañándola y un lánguido placer la envolvió como una manta de plumas, al transponer el umbral luminoso.

Las figuras difusas se hicieron claras y concretas: bajo los párpados cerrados por un peso intolerablemente dulce, surgieron recreadas su infancia solitaria, su juventud brincando como aceite hirviendo en las venas, el amante desconocido apaciguando sus ansias y luego aquel rencor viscoso amargando su saliva por tanto tiempo.

En el preciso momento de ser tragada por la silenciosa y oscura galería supo la verdad: vio el canasto con su niña en el amanecer amarillento y escuchó aquellas palabras que en los momentos de reposo de sus lejanas noches de amor se le pegara al oído como algo misterioso: STRADIVARIUS.

-13-

△▽

En lo oscuro

María Pía nunca supo quién fue su madre; de apenas unos días de vida fue abandonada por ella en la vía pública y recogida por la hermana cocinera de la Orden de las Teresas a las cinco de la mañana cuando ésta iba al mercado absorta en sus alegres soliloquios con Dios.

La Superiora arrugó la nariz asociando con quién sabe qué pecados de lujuria a la bebecita arrugada, hambrienta y llorona.

Objetó argumentos aparentemente irrefutables y dijo: ¡no! aunque en el fondo de su ser sintió un extraño cosquilleo se mantuvo firme con el ¡no! Consultó con el obispo y llamó a una junta a los cooperadores y hasta se reunió con las autoridades civiles y políticas y siguió diciendo ¡no!.

Sin embargo, la niña se quedó en la congregación, porque no hubo razón más fuerte que el silencio obstinado de la cocinera que se volvió sorda y muda ante las explicaciones más exhaustivas sobre los reglamentos, los deberes y las obligaciones de la orden.

Ganó la batalla y luego la guerra.

Y María Pía como la bautizaron en una solemne y sencilla ceremonia, creció entre los aromas de perejil y cebollas, el tufillo del café y la leche derramada, la salsa untuosa recorriendo pasillos y corredores, la menta y el toronjil, el clavo de indias y la vainilla, acunada por el mullido y tibio colchón del regazo inmenso de la cocinera, que a veces en las noches calmaba su desasosiego de niña abandonada con sus pechos castos y vacíos, ofreciendo a Dios su placer de madre sustituta y entregándose entera a ese éxtasis de comunicación tripartita.

-14-

María Pía tampoco sabe quién le fue sembrando las hijas en el vientre, pero es feliz desde la punta de los pies hasta la cabellera enmarañada, por haber participado en semejante milagro.

En las noches de su madurez ya no espera ninguna visita que reviente las burbujas de su sangre caliente y espesa, pero siente que el cansancio resbala por su cuerpo como una cascada tibia, al recordar ese tiempo de prodigio y gozo.

Recuerda nítidamente los olores: el aliento a miel y la piel de alhucema. A veces de azúcar quemada, pegándose a sus enaguas de lienzo blanqueadas con lejía y perfumadas de pacholí.

A María Pía la castidad le revienta las costuras del corpiño, le pone ritmo a sus caderas, le agrega leñas al fuego de sus ojos. Sus hormonas se disparan ante las miradas entornadas y sus nalgas duras se mueven invitando a revisiones más rigurosas.

-¿Quién es el padre del hijo que estáz esperando? Pregunta la superiora con su acento madrileño.

-No sé, siempre es oscuro y no le veo -responde María Pía con su vocecita aún infantil.

-¡Quién ez el padre de tu hijo! Exige la superiora

-No sé. Viene en lo oscuro

-Tenez velaz en tu cuarto, por qué no la prendez

-La prendo, pero él la apaga y no me deja verlo.

-Erez una pérdida, hija, y tendrás que hazerte cargo de tu vida. Cuando te percatez que no ez tan fácil criar un hijo, con velaz o sin ellaz vaz a descubrir quien llega en lo oscuro.

-15-

Recuerda el olor y el suave chisporroteo de la vela apagada con la yema de los dedos mojados de saliva. No voltea la cara para ver quién la apaga, no le importa.

A María Pía sólo le enseñaron a leer y escribir y la cocinera le dio principios de aritmética elemental, como ella, elemental como ambas.

Aprendió casi instintivamente todos los secretos de la buena cocina, las exquisiteces del bordado y el arte del lavado y planchado.

Su destino era ser cocinera. No discutir ni discurrir sobre apologética. Ni ser maestra.

Cuando su gravidez fue notoria abandonó la casa de las monjas, pero éstas no la desampararon; ellas orientaron sus manos hacendosas para que pudiera sobrevivir con lo que sabía hacer: vendían el pan crujiente que horneaba María Pía, hacían publicidad a las habilidades que tenía María Pía, para dejar esplendorosa de blancura y almidón, sábanas y manteles.

El primoroso bordado de María Pía se hizo famoso y desde lejanos lugares le llegaban pedidos para ajuares de novias.

María Pía contrató una ayudante para satisfacer todos los encargos y luego otra y otra más: 20 kilos de pan de molde, 1.000 pancitos chic para el sábado; una torta gigante de doscientos quilos para la hija del gobernador que se casa el viernes. Dos manteles con 24 servilletas de lino blanco, media docena de sábanas con fundas, bordadas y almidonadas para el jueves 4 de abril y hoy ya es lunes y ese pedido lo retiran a la mañana.

-16-

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Se me reventó la bolsa, llamen a mi madre, la hermana cocinera, apúrense que me estoy partiendo en dos, apúrense a preparar el almidón y almidonen suavemente el juego de cama blanco y celeste y los tres manteles de lino crudo, pongan a hervir agua, quemén la palangana nueva, pongan los manteles bien estirados al sol y recojan antes de que parezcan cuero seco, doblen sin arrugar mucho para que sea fácil planchar.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Mis huesos se están quebrando, no quiero ninguna partera sólo mi madre, la hermana cocinera.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Un terremoto me está destrozando las entrañas!

Llega la cocinera de las teresas con la enorme blanda panza bamboleándose y los ojos chiquitos y ahogados en lágrimas, llega la superiora con su autoridad asfixiada por una argolla de ternura y llega en una explosión de puerto una marinera arrugadita y roja y echa sus anclas en medio de tantas mujeres conmovidas y desconcertadas.

La superiora olvida la apologética y la gramática, la cultura helénica, los poemas homéricos y los misterios de la trinidad y trata de recordar cómo se corta el cordón umbilical de un recién nacido.

La noticia corre y el obispo en persona llega con su regalo una hora después. La presidenta de la comisión cooperadora teresiana también se hace presente con una bolsa llena de ropas, el secretario del gobernador llega en un jeep repleto de presentes para el recién nacido, y el intendente y su señora esposa, y la comisión de políticos desahuciados y las solteras en reposo, y los últimos anacoretas y los filósofos de fin de siglo y los retirados de la vida mundana y los -17- payasos de un circo de paso también hicieron llegar sus regalos.

Llegaron tantos que la comisión de emergencia nacional construyó al día siguiente un galpón cerrado pero con buena ventilación y luz para guardarlos.

El confitero de la esquina mandó un vale para retirar durante cuarenta días masas y facturas y chocolate caliente y la peluquera de la esposa del gobernador se trasladó con todo su equipo y mobiliario hasta la casita de María Pía para cuidar su cabello que nunca conoció otra tijera más que la de la hermana cocinera.

María Pía tuvo una hija y otras más, abriendo las puertas de las semanas, los meses y los años y dejándola destrancada por las noches para sumergirse en lo oscuro en la gelatina olorosa de miel, alhucema y azúcar quemada que ablandaba sus huesos y derretía su corazón, sin variar la respuesta cuando le preguntan por el padre de las niñas.

Se acomodó suavemente a la vejez, como a los juegos en lo oscuro, pero cuando llega por las rendijas de su puerta el olor de azúcar quemada los recuerdos le brotan como luciérnagas. ¿Quién impregnaba sus enaguas y su piel con ese olor?

A María Laura, María Eugenia, María Candela y María Victoria, le revienta la risa como capullos al amanecer, con las historias de excesos que cuenta su madre con voz apacible.

La guitarra

A mis hermanos: Julio César, Augusto, Juan, Aníbal, Nemecio y Mirta.

Desde hace algún tiempo, Manuel Barrientos, acaricia de vez en cuando la guitarra. Comenzó por bajarla del gancho del techo donde estuvo colgada más de medio siglo, la limpió y le dio brillo con un lustre casero preparado por él mismo y la volvió a colgar arropada con un gastado camisón de su mujer, dejándola como una anciana trapecista suicida a quien todos miran con asombrada tristeza sin animarse a descolgarla; después compró las cuerdas y renovó las clavijas y desde entonces, una vez al mes arrastra hasta el sitio de la ahorcada la única y enclenque mesa, coloca encima una silla en idénticas condiciones y la baja con inusitada delicadeza, sintiendo los ayes de sus cuerdas como un lamento que se le escapa del pecho. Todavía no se atreve a pulsarla. Todos los días sin que nadie se percate ablanda las articulaciones de sus dedos con salmuera casi caliente. Hace tantos años que renunció al encanto de su son que hasta le parece que fue en otra vida. Desde que murió Naito, su compañero de infancia; juntos recibieron la citación para presentarse como movilizados para la guerra del Chaco el 31 de julio de 1.932 y al día siguiente, antes de la salida del sol ya estaban en la comisaría de su pueblo con el corazón bailando una danza confusa de euforia y tristezas, acompañados de su infaltable guitarra.

Un día particularmente frío de agosto llegaron al Chaco, y la fosforescencia de la primera luz de la mañana les hizo pensar simultáneamente a ambos en un campo lunar sin la presencia de Santiago conduciendo a la virgen y el niño.

-19-

Naito como él era el único varón en una familia de mujeres solas, sus madres eran muy amigas y las hermanas de ambos pasaban a ser como una prolongación de sus brazos, tan dispuestas a cumplir o llevar a cabo cualquier tarea, relevándolo a ellos de toda actividad que significara cierta contrariedad o esfuerzo.

Durante las sucesivas revueltas y revoluciones los dos eran protegidos como si sólo sus vidas tuvieran valor, y las mujeres, aun las niñas, lo hacían junto a las madres sin ningún resentimiento, pero cuando llegó la movilización para la guerra, ellas fueron las primeras en decidir que no era posible esquivarle el bulto a semejante responsabilidad, y los dos aceptaron ir sin verbalizar sus sentimientos confusos y contradictorios.

Naito, siempre fue tan frágil, era un muchacho flaquito de mirada transparente y triste. Cantaba como un gorrión, como si su garganta estuviera lubricada de miel, y Manuel pulsaba la guitarra sacando de las cuerdas unos sonos tan brillantes que aún en las noches de tormentas producían una extraña claridad.

Era totalmente diferente de Naito: alegre, bromista y mujeriego, con unos ojos tan claros y líquidos y una risa que se derramaba sobre las cosas como si fuera a cubrir de color y alegría todo el suelo que pisaba. Se amaban con un cariño tan sólido, que creían poder protegerse de cualquier desgracia con solo pensarse.

Ambos formaron parte del tercer escuadrón de caballería, y a pesar de que sus camaradas y jefes les daba un trato especial, por ser cantores, Naito enfermó de tristeza.

La canción «Golondrina Fugitiva» su favorita, salía de su garganta cada vez más húmeda de sal. Cantaba ausentándose con su voz, mientras sus ojos de lánguida transparencia navegaba en un río tibio que -20- no llegaba a desbordarse. Ni siquiera su

gemelo del alma lograba arrancarlo de ese mundo donde Naito se ensimismaba mirando hacia dentro, entregándose a la contemplación del lejano cuadro hogareño.

Una mañana se levantó y contó con una voz diferente, casi risueña el sueño que tuvo, luego abrazó a su guitarra como aprisionando una cintura y comenzó a rasguitarla⁵; las notas de «golondrina» brotaron como miel derramada sobre una superficie de cristal y su voz sonó aguada de transparencia. En la segunda estrofa la guitarra cayó blandamente, desprendiéndose del abrazo con un rasgido lastimero, su hermano del alma corrió a socorrerlo, él le miró con sus grandes ojos y le dijo:

-En el sueño de anoche la bala me destrozó el corazón -y cerró los ojos como atacado de un sueño repentino.

Esa noche Manuel Barrientos, fue alcanzado por una granada que le dejó las dos piernas inútiles para siempre, pero no le mató la capacidad de festejar la vida como una fiesta irrepetible.

Después de dos años en el hospital, volvió a su valle con el recuerdo de Naito, como una herida incurable pero decidido a rendirle el homenaje, el único posible: su insobornable alegría.

El día de su boda colgó la guitarra y nunca volvió prestarle ninguna atención.

Hace un año tuvo un sueño en el que se encontró con Naito, y en el pequeño tiempo del sueño transcurrió la vida completa de ambos; vagaron por los arroyos, por los bosquecitos de guavira y ñangapiry y los campos comunales -que ya no existen-, de su -21- infancia; quemaron mboroviré junto a las protectoras mujeres de su tribu; fabricaron la primera guitarra con la caparazón de un tatú, y las cuerdas de alambres; sintieron la emoción del primer pantalón largo, la desazón de la adolescencia y la languidez temblorosa del primer encuentro amoroso; llevaron serenatas y compartieron la responsabilidad de ser cabeza de familia, reventaron las primeras ampollas de sus manos y se refrescaron mutuamente las espaldas ardidadas de sol, juntos recibieron en Casanillo los fusiles sin balas que les fue entregado, Naito absurdamente tiró el arma y desapareció por un instante para retornar endomingado de camisa y pantalón blancos, y pegando su boca al oído de Manuel le invitó a salir de la formación, caminaron sin que sus pies tocaran el suelo hasta un campo de arroz, allí le entregó una hermosa guitarra y le dijo:

-Te espero allá para una serenata -y Manuel Barrientos se despertó llorando.

Desde entonces esta desentumeciendo sus dedos y sus recuerdos y sabe que el día que pulse de nuevo la guitarra irá a reencontrarse con Naito, el amigo que no soportó la guerra.

Un viento helado peinaba con furia los pajonales del potrero y una fina lluvia como alfileres de cristal horadaba el caminito de tierra, apisonada por años de pasos inciertos o seguros, o abiertas como carne herida por los ejes de las carretas, y los tacuruses parecían fantasmas acurrucados y tristes.

Yo miraba sin ver tras esa cortina transparente y gris; sin verla con los ojos sino con el pensamiento, mientras los golpes de martillo aporreando los clavos del ataúd -hecho por los vecinos, como último y obligado regalo- sonaban en mis oídos como ecos lejanos, sin producirme más que una lánguida congoja.

Estaban cerrando el cajón de la única hermana de mi padre, a quien no me unía más que un tibio afecto a pesar de que su leche me dio vida. Por ese motivo me ofrecí a cuidar la casa, para que todos pudieran acompañarla, al cementerio.

Miré partir la caravana: una carreta seguida de los hijos y las nueras, los nietos y sobrinos y un puñado de vecinos, todos aplastados por la llovizna⁶ helada.

Al registrar la imagen con la vista me sentí culpable. ¡Debería haberla amado más! Sus pechos me amamantaron, y su voz de lluvia mansa pobla de duendes mi infancia.

Ella no pudo evitar que la turbulencia de la revolución primero y la era de paz y progreso después nos distanciara y borrara de mi boca la dulzura del manantial de sus pechos.

Vivió tratando de amortiguar golpes y en ese afán se obligó a envolver sus pocas certezas en un paño de resignación.

-23-

Sus seres más queridos siempre estuvieron parados en veredas opuestas: su único hermano y su marido primero, sus hijos y sus sobrinos después.

Le tocó tiempos de intolerancias.

Una honda tristeza se me anudó en la garganta y bebí como una bebida funeraria la salmuera que brotó de mis ojos y se me escurrió a la boca.

El enorme galpón que sirviera de capilla ardiente donde algunas veces, saltando por un día el sanjón que nos distanciaba nos reuníamos todos, acomodados y desahuciados, a festejar los chistes sobre «el eterno» o discutir blandamente temas que no nos interesaba -estaba desierto.

Cuando el manchón impreciso de gente a pie o a caballo que acompañaba a la carreta que transportaba el féretro, tal como fue su última voluntad, se desvaneció por completo, me disponía a refugiarme en la cocina, cerca del fuego, una violenta ráfaga de viento desgajó un viejo álbum de fotografía que alguien había olvidado sobre un banco, haciendo volar una hoja que cayó a mis pies como pesada mariposa. La levanté y la compuse más o menos y con él bajo el brazo, me dirigí a la cocina.

Me senté en una silleta, acomodé los leños que volvieron a arder llenando el aire de humo y pavesa, y abrí el descompaginado álbum.

Me llamó la atención, la fotografía de la hoja desprendida: una mujer de riguroso luto y enigmática sonrisa. La miré largamente tratando de imaginar el significado de aquella sonrisa, la nostalgia de esa mirada sin lograr un punto de unión entre ese rostro de capullo apenas entreabierto con el de la anciana -24- desdentada envuelta de cuerpo entero con un pergamino arrugado y amarillento que era imposible pensar que alguna vez esa misma piel haya ardido de pasión o alborotado la sangre de alguien.

De repente mi corazón se detuvo por un segundo, para luego latir alocadamente: la sonrisa de la mujer -mi tía, que en ese preciso momento estaría llegando a su última morada- se amplió. Me restregué los ojos y volví a mirar. Con una mezcla de espanto y alegría vi que abandonaba el álbum y saltando sobre el reavivado fuego, inventó otra silleta cerca mío, su despojó del luto y vistiéndose de estrellas se sentó a mi lado. Tomó mis heladas manos entre las suyas tibias, hasta que una dulce calma me envolvió.

Escuché su voz relevándome de culpas.

No su voz de anciana.

No su voz de moribunda.

Me habló con su voz de lluvia mansa, contándome como en mi lejana infancia historias y secretos. Y ante mis ojos desorbitados de asombro desfilaron imágenes oscuras y luminosas, pasadas y por venir.

-25-

△▽

La pruebera

Un relámpago blanco le cruza la cara cuando festeja con una carcajada inmensa los buenos augurios que lee en las ajadas cartas, y su alegre risa mueve las frágiles paredes de adobe, cubierta de imágenes sagradas, descoloridas fotografías y recortes de revistas.

Las barajas bailan entre sus dedos cubiertos de anillos de níquel, que brillan tanto como sus dientes y frotados con el mismo vigor cada mañana con ceniza tibia, mientras prepara el mate para el compañero ocasional y el cocido de Pedrito, el hijo epiléptico: el único que le queda de los diez que parió.

Los otros están bien colocados.

Al hijo enfermo prefirió cuidarlo ella; para cada uno de los otros buscó un buen hogar; y con su infalible tino de pitonisa, lo encontró. No lo buscó entre la gente rica de vientres estériles, sino entre los pobres de por lo menos una comida diaria, suficiente según su criterio para una vida sana.

Los amamantaba durante un año, despidiéndose sin prisa, mientras barajaba con pena sosegada si le convenía a su retoño la mujer de ojos negros casada con un maquinista, o el sastre paralítico matrimoniado con una mujer de risa suave... Era sí muy importante en el momento de elegir hogar para sus hijos, la mirada de los futuros padres: el aval más confiable era la risa fácil y la mirada directa. Aunque las cartas recomendara al constructor de obras, si éste desviaba los ojos durante el interrogatorio amable y aparentemente desapasionado, ella se despedía rápidamente y continuaba su búsqueda.

El cocido en realidad nunca era sólo para Pedrito.

-26-

El rancho de Juliana servía de albergue transitorio para muchas. Mujeres golpeadas por sus maridos o concubinos, prostitutas en problemas, campesinas en busca de trabajo y otras muchas abandonadas por la esperanza. Ella les recibía sin preguntar nada, ponía sus oídos y su corazón para las confidencias y compartía lo poco o mucho que tuviera en ese momento. Les consolaba con palabras sabias y les enseñaba a sentirse valiosas.

Nunca hubo abundancia en su casa y según las cartas nunca la habría, a no ser que una mujer morena de ojos muy tristes le deje su fortuna, por haberle pronosticado que sería muy feliz en los últimos años de su vida con el hombre que siempre amó en silencio; pero las cartas también decían que eso sería muy difícil, por los muchos y voraces herederos.

No le preocupaba el futuro, estaba tan familiarizada con la pobreza que calculaba que la riqueza le sería incómoda.

Su huésped de ese día era Adelita. Se refugiaba allí cada vez que paría un niño muerto y el marido la corría a garrotazos por inútil. Juliana le prodiga durante el tiempo de exilio todos los cuidados a su alcance. El cocido aunque sin leche, se convertirá tanto para Pedrito como para la huésped en un sustancioso desayuno: con dos cucharadas de maní pisado con canela y dos de coco, más unas galletas.

Después para el mediodía... algo habrá. Quizá algún pollo extraviado.

Estaba segura que nunca le faltará algo que llevarse a la boca, mientras sea capaz de compartir.

Juliana lustraba sus anillos, mirando las llamas y pensando en sus hijos repartidos de un rincón a otro, con -27- cierta pena. Hubiera sido hermoso tenerlos a todos junto a ella. Pero no estaba arrepentida. Conocía la vida que llevaba cada uno y estaba segura de haber hecho lo correcto.

Al lado de ella apenas se habrían estirado un poco, las mujeres irían a parar de sirvientas, para retornar con un niño sin padre... y los varones serían⁷ como sus compañeros ocasionales...

Por un momento desfiló ante sus ojos toda su vida...

Pronto aprendió a descifrar el lenguaje de las barajas... a comprender las esperanzas y las ilusiones de las gentes. Si el augurio de las cartas no era halagador para el consultante, con su sabiduría lo adornaba para hacerlo llegar al oído ansioso. No cambiaba la verdad de las cartas por mentiras piadosas, simplemente dulcificaba las malas noticias, las neutralizaba con las buenas y regulares, al fin y al cabo nunca venían todas malas... sintió un repentino dolor en el pecho, vio que las llamas se alejaban... y después nada.

A media mañana Adelita se levantó, extrañada de no recibir su acostumbrado desayuno y la encontró caída cerca del fuego casi extinguido con los ojos muy abiertos. Gritó desesperada hasta que acudieron los vecinos.

El hombre que dormía en la cama de Juliana se despertó con el barullo, se vistió apresuradamente y salió sin que nadie le viera.

Los vecinos le llevaron a Juliana hasta su cama, abrieron el nicho lleno de imágenes de santos, sacaron -28- el crucifijo y le colocaron sobre el pecho. En sus manos ya rígidas aún estaban los anillos de níquel.

Alguien fue a buscar a Pedrito, extrañado de que el griterío no lo haya atraído. Lo encontró en el charco del fondo con la boca llena de espumas.

-29-

△▽

Insomnio (a Luli)

Mis ojos que pueden mirar embelesado⁸ tu cuerpo desnudo, tus senos de amapolas, tu boca de ciruela, también vieron tantas atrocidades. Quisiera dormir abrazado por tu olor y tu sonrisa, pero el sueño no me llega. Cierro los ojos como si cerrara una ventana y debajo de mis párpados sólo quedan los horrores que dilataron mis pupilas de dolorosas sorpresas.

Veo la mano que dispara contra un muchacho y lo veo a él quebrado; lo recupero meses después en una silla de ruedas, mirando con expresión vacía un partido de fútbol, tocándose las piernas inútiles.

Siento la fría boca de un revólver en mi cuello y trato con todas mis fuerzas de sustituir esa helada sensación por la tibieza de tu recuerdo, pero es inútil. Sigo despierto con los ojos cerrados, y es increíble la cantidad de imágenes que aprisiono en tamaño natural y con sus correspondientes entornos bajo el mapa de piel movediza y frágil de mis párpados.

Dicen que estoy mal de la cabeza, que tengo delirios. Y es verdad.

Estoy mal de la cabeza pero no deliro. Estoy empantanado en los recuerdos dolorosos; necesito que alguien me socorra antes de que estos fantasmas diabólicos que mi memoria se niega a borrar estalle mi cabeza en pedazos, como la de aquel chico con uniforme escolar a quien delante de mis ojos le reventaron a balazos; recuerdo que grité, grité y grité hasta que una especie de noche repentina cayó sobre mí y me hundió por un tiempo en un pesado e irremediable silencio.

Se me confunden los hechos y el tiempo en que ocurrieron. No sé cuáles están antes o después. Si fue -30- primero el calabozo donde nos metieron por tocar el tambor, y nos hicieron de todo -eramos como siete pendejos; ellos niegan que hubo tal cosa. Yo sé qué hubo, y que al salir nos hicieron prometer que no diríamos nada de lo que nos ocurrió adentro -y lo prometimos-, ni siquiera había necesidad, la vergüenza que nos envolvió aquella noche era mordaza más que suficiente para callar.

Traté de olvidarlo y lo logré bastante tiempo. De vez en cuando se presentaba como una náusea repentina, vomitaba en el wáter y desaparecía dejándome una amargura picante en la garganta.

No puedo hilar las secuencias en que ocurrieron los hechos.

Además confundo las heridas propias con las torturas ajenas y hay momentos que no puedo separar las que padecí yo y las que vi padecer a otros. Los gemidos de agonía y dolor llenan mis oídos de susurros tormentosos.

En el tiempo que yo llamo del silencio, cuando la gente se colocaba una sonrisa para salir a la calle y puteaba o lloraba a escondidas todas las barbaridades y, aseguraba con voz reposada que aquí todo estaba bien, yo vivía tranquilo, salvo los ataques esporádicos de náuseas.

No estoy loco. Si hablo todo el tiempo hasta que la saliva se me espesa en la boca es que estoy tratando de echar afuera los demonios que amenazan estallar mi cabeza y mi pecho...

Dicen que estoy muy acelerado y que puedo ser peligroso. Que no coordino mis ideas, porque de repente hablo de tu piel de alelí y tu boca de ciruela -31- madura... es que trato de llenarme del aroma de tu recuerdo y sustituir en mi memoria, como en la computadora, el recuerdo de la boca maloliente del policía lamiéndome el cuerpo, manoseando mi sexo indefenso, apoderándose de mi boca con su lengua sucia, impregnándose con su aliento de vinagre... y sonriendo bonachón al día siguiente.

-Aquí no pasó nada, entienden, nada. Vayan a sus casas y portéense bien, no le den disgustos a sus padres y recuerden, nuestra institución está para velar por la seguridad y la tranquilidad de todos. Nuestro lema Dios patria y familia, les dará la idea de lo que abarcamos y pretendemos. No somos perfectos, pero tratamos de ser mejores cada día.

Fue con la palabra insomnio -con ese nombre había guardado en la computadora una lección de genética-, el día que los diarios publicaron las primeras noticias sobre el archivo del terror, que comencé a sentirme así. Eso lo recuerdo bien. Desde entonces no

duermo y hablo y hablo sin parar día y noche y el recuerdo de tu cuerpo desnudo y tus pechos de amapolas es cada vez más incierto.

¿Estás? Sí. Sé que estás cada vez que siento las caricias del sol cuando me llevan al jardín y pienso que también tu piel la está sintiendo.

-32-

△▽

Espanto

Nunca creyó que esas historias fueran reales. Simplemente pensaba que los grandes tenían fantasías macabras. Había escuchado los relatos en conversaciones furtivas. Procuraba hacerse el tonto o el dormido, para escucharla, pero no los creía. El racimo humano que tiraban desde los aviones, las diferentes formas de torturas, largas y dolorosas, según la resistencia de las víctimas, las infecciones en los calabozos, la ley de fuga, los grupos liquidados a machetazos y condenados a ser alimento de los cuervos. Todas esas historias hablada en voz baja, rodeada de sigilo, le parecía mentira.

Durante bastante tiempo acomodó esas truculentas historias, como productos de la fantasía. Así no le hacía daño. Calculaba que eran como los cuentos de brujas que salían en mascadas lentas entre escupitajos oscuros, alrededor del fuego, cuando el tío Mateo, alucinaba a sus oyentes con los casos de brujas que se alimentaban de ojos asombrados de niños, y él tragaba la saliva espesada de miedo, mientras corría imaginariamente hasta la oscura cueva de la maligna bruja, y en desigual lucha lograba atravesarle el corazón con una estaca puntiaguda, y retornaba a recibir con humildad fingida el reconocimiento de la comunidad entera, la admiración y la envidia de los demás niños y la adoración incondicional de Estelita, la niña más hermosa del mundo.

Pero el tiempo pasó y ya no era posible seguir refugiándose, en la fantasía.

Desaparecieron su padre y su hermano mayor. Murió el tío Mateo y una tristeza pegajosa se instaló -33- en su casa llenando las paredes, envolviendo a sus habitantes como telarañas.

Enterró en el olvido todos los relatos crueles. Se distanció de su raleada de familia, indiferente a todo se encerró en una caparazón, que desdeñaba la solidaridad; no daba ni recibía nada.

Con el tiempo se hizo un respetable profesional, suprimió el apellido paterno para no tener problemas. Supo también que los relatos escuchados a hurtadillas eran reales. Pero estaba decidido a no dejarse llevar por sentimentalismos. Tal vez esas gentes, incluso su padre y su hermano cometieron algún delito.

Este pensamiento no lo tranquilizaba, pero le permitía una suerte de disculpa.

De tanto en tanto mandaba algún dinero a su madre, y hasta alguna tarde vacía iba a verla, dejando bien claro con su actitud ausente, que no tenía nada que ver ni aportar con la sosegada tristeza del hogar en ruinas.

No se le ocurrió jamás intentar una caricia o un gesto de ternura. Una especie de rencor ataba sus manos y ponía una mordaza en su boca.

Fue contratado por una gran firma del Alto Paraná.

Allí se instaló con su carga de contradicciones internas, sus rencores y esperanzas.

Las viviendas de los empleados estaban cerca de un pequeño bosquecito. Un lunar en la gran extensión verde de kilómetros y kilómetros de trigo y soja.

Le llamaba la atención ese lunar boscoso y comenzó a preguntar. Algunos le decían que nadie se ~~-34-~~ animaba a enfrentar a los fantasmas dormidos, otros que se dedique a su trabajo sin hacer preguntas.

-Qué te importa a vos, los ricos son ocurrentes, quizás lo dejan por si alguna vez necesitan leña.

Hasta que un anciano raído que se ocupaba de juntar yuyos para el mate y el terere le contó que en ese lugar estaban los muertos insepultos de la matanza más grande y mejor ocultada, y que un respetuoso miedo hacía que los patrones no pudieran forzar la voluntad de ningún trabajador, para hacerlo desaparecer.

Desde entonces le entró la curiosidad por explorar el lugar. Pero no quería testigos.

Un caluroso domingo, esperó que todos salieran, con la excusa de que no se encontraba bien del estómago, rechazó todas las invitaciones para salir a almorzar, como era costumbre.

Cuando el ruido del último vehículo fue sustituido por los silbidos estridentes de los pájaros, se calzó unas botas y protegiéndose del intenso sol del mediodía, con un sombrero pirí, se dirigió presuroso, a ponerle fin a su obsesionada curiosidad.

Todo su cuerpo estaba tenso, le sobresaltaba el crujido de las hojas secas y los chillidos destemplados de los pájaros, pero no se detuvo; con el corazón latiéndole casi en la boca fue adentrándose hasta llegar a un lugar extrañamente silencioso.

Tuvo la sensación de estar en otro mundo donde él era el único ingrátido habitante. Cuando recuperó el peso de su cuerpo, miró las extrañas ramas de los árboles, cuyas copas jugueteaban con las nubes, y sin embargo en la parte donde se unía a la tierra, unos ~~-35-~~ raros gajos secos como piernas de paralíticos se mantenían adheridos con firmeza a esos gigantes verdes.

Como en su infancia intentó escupir la saliva que se le espesaba de terror, pero su lengua estaba dura y pesada como un cuerpo extraño dentro de su boca.

En cada árbol, espalda con espalda, había dos calaveras, aún atados, con unas sogas que el tiempo había vuelto del color de los huesos, como si alguna vez hubiera sido una fibra palpitante de sus cuerpos.

Algunos parecían reír con todos los dientes, y el cráneo altivo, otros parecían esperar con la cabeza gacha un poco de clemencia.

Intentó correr, pero hacia donde iba le seguían⁹ las carcajadas o las súplicas de los muertos.

El lunes, el anciano de los yuyos lo encontró desnudo tiritando de fiebre.

Por un tiempo, el seguro médico de la empresa se ocupó de él, después le llamaron a su madre y le explicaron que era un caso perdido, más que nada porque él no tenía voluntad de curarse.

Desde hace mucho tiempo un loco pacífico deambula por las calles del pueblo casi desnudo, y lo único que lo diferencia de otros locos es la mirada intensa de sus ojos negros, alucinada de espanto.

Le llaman Ángel. Tal vez ese sea su nombre.

-36-

△▽

De puro susto

Agileo salió de baja un día nublado de octubre. Él no lo notó. Le pareció el día más luminoso y el feliz de su vida.

Si la ilusión tuviera algún peso tal vez no lo podría llevar sobre sus flacos hombros. Eran tantas y algunas tan disparatadas como la de crecer más en estatura o cultivarse un bigote en la cara lampiña, ahora que ya era legalmente un hombre.

Unos días antes había cumplido los dieciocho años y creía saber de todo.

Había estado con alguna mujer antes de ir al Chaco, y al volver se habían ido en tropel con sus camaradas a un prostíbulo, de donde salieron con el cuerpo temblenque, felices y culpables, por las obscenidades tiernas que le habían susurrado al oído en el preciso momento en que algo tibio les reventaba en la cabeza: una explosión que les dejó temblorosos y confundidos, con una sensación de pecado e inocencia.

Volvieron a salir en tropel, y para cerrar el capítulo más importante de sus vidas, caminaron directamente desde el burdel hasta el santuario de la Virgencita a cumplir el rito de adiós a la dura vida del cuartel.

Al llegar frente a la basílica de vitrales luminosos, tal vez para retardar la despedida, se sentaron a tomar unas cervezas, entrenándose en comportamientos que creían de hombres, y con el gusto amargo de la bebida tibia, con la misma actitud de desamparo con que se despojaron de sus ropas frente a las profesionales del amor para probar su hombría, entraron al santuario. Se santiguaron con -37- manos torpes como si espantaran moscas, dijeron alguna oración apresurada, se miraron conmovidos y llegó la hora del adiós.

Se dieron algún que otro abrazo, avergonzados de descubrir inusitadas ternuras, y cada cual partió a reencontrarse con lo que había dejado.

Agileo abordó un colectivo, apresurándose a pagar el pasaje, y con una súbita dignidad ocupó el único asiento vacío y cabeceó un largo sueño con la boleta bien visible entre sus dedos toscos y morenos.

Medio dormido aún descendió en el pueblo, y las nubes que él no vio se convirtieron en mansa lluvia.

Aún tenía mucho camino por recorrer. Con suerte, algún vehículo lo recogería y el esperado reencuentro con su familia sería antes de la noche.

Mientras caminaba con pasos largos y rápidos, iba pidiendo con el pensamiento que sus ilusiones se mantuvieran robustas, que no decayera la intensidad de sus deseos para convertirlas en realidad. Marchaba tan metido en su caparazón de sueños que casi saltó del susto frente al camión que se detuvo con un bocinazo festivo y el conductor con una señal le invitó a subir, advirtiéndole con simpatía que iría a hacerle compañía a otro pasajero seguramente tan mojado como él.

Agileo trepó sin dificultad a la parte trasera del vehículo que partió apenas puso un pie adentro.

Sintió un ligero temblor en la columna al comprobar que no tenía compañero de viaje, y sonrió con amargura de lo que le pareció una broma de mal gusto: no existía otro pasajero, en la carrocería sólo había un rústico ataúd, pintado de lila.

-38-

Se acomodó lo más lejos que pudo del insólito cajón, decidido a bajarse en cuanto pasara la lluvia. Una extraña tristeza agitó su pecho como un terremoto suave y una salmuera tibia le resbaló a la boca y por un breve momento sintió que una sombra apenas perceptible se detuvo sobre él, pero un rato después se tranquilizó, cesó la lluvia, él cambió de idea y continuó viaje, sorprendido por descubrir la fugacidad de sus emociones.

Iba tan absorto en sus pensamientos, volando de una idea a otra -quería comprar un vaquero, una guitarra; cambiar su destino de pobreza, producir milagros en la pequeña parcela de tierra, criar conejos, ser amado por una mujer, sentir la maravilla de sembrar un hijo en el vientre querido- que no se percató que la tapa del ataúd se movía y en el

pequeño hueco asomó el rostro juguetón de un muchacho de su edad que le preguntó en guaraní:

-Opima pico.

Agileo sintió un fuerte golpe entre la garganta y el busto, y por una fracción de segundos volvió al día en que se despidió de su madre. Recordó con nitidez su pecho con olor a orégano y perejil y entró suavemente a un túnel extrañamente silencioso.

-39-

△▽

Medianoche

Luisa dejó el atadito de ropas detrás de unos matorrales y echó a andar balanceando el delgado cuerpo; caminó así unos cien metros, luego se impuso la compostura que creía correcta y siguió andando casi pegada a las altas murallas, hasta que ésta terminó uniéndose a un enorme patio cercado de rejillas de madera. Se detuvo a mirar y divisó bien en el fondo a una muchacha de edad aproximada a la de ella lavando ropas, la observó un momento y luego la llamó, más con el gesto de aleteo de la mano, que con su vocecita¹⁰ aflautada:

-Maera... maera... vení un poco...

La muchacha del patio abandonó su labor y se acercó a averiguar el motivo de la llamada; conversaron un rato en voz bajita a pesar de que nadie podía escucharlas, como si intercambiaran confidencias, y luego Luisa fue invitada a entrar.

Caminó hasta el final del cercado y llegó al portón de entrada a la casa. Le abrió la puerta la muchacha del lavado y la hizo pasar al interior de la vivienda. Le ofreció una silla, y fue en busca de la dueña de casa.

Al poco rato reapareció acompañada de una mujer robusta de aspecto amistoso, y un vaso con agua, como un gesto de apoyo a la recién llegada y desapareció discretamente para que ambas hablaran.

La señora de la casa, una maestra joven y rolliza por el avanzado embarazo, conversó con Luisa en el mismo tono confidencial, con que ésta había hablado con la criada.

-40-

Luego recogió de una mesa cercana un montón de cuadernos y con una palmadita en la espalda dio por terminada la entrevista con la muchacha y salió.

Luisa se instaló en la casa con muy poco sueldo, pero con una montaña de esperanzas. Su ángel guardián había guiado sus pasos hasta esa mujer -calculó-. En

pocos minutos la había confiado su drama y la señora se comprometió a ayudarla. Ya no estaba sola, alguien compartía su doloroso secreto.

A pesar de no haber experimentado antes, sintió desde el primer momento que la patrona la miraba con ternura protectora. Su cuerpo se estremecía con un bienestar desconocido, ante esas caricias que receptaba con tanta claridad.

Por primera vez en su vida sintió que tenía un lugar en el mundo, aunque fuera prestado. Y procuraba corresponder cumpliendo bien con su trabajo y con su inapagable sonrisa el cariño silencioso que recibía.

Una noche, un dolor de cataclismo se le instaló en las entrañas y una urgencia desconocida de sus tripas la obligó a correr hasta la letrina del fondo; supo sin embargo que no era la cotidiana necesidad fisiológica el motivo de ese terremoto interior. Se mordió los labios hasta sentir el sabor dulzón de su sangre, tratando de aprisionar en su garganta el grito de espanto que le subía del pecho, mientras un líquido espeso y tibio se le escurría entre las piernas: se dobló sobre unas hojas de periódico y un largo gemido que no pudo evitar al pujar con una energía insospechada, puso un inusitado descanso en su cuerpo, al dejar salir por fin un -41- montoncito caliente y escurridizo, que cayó sin ruido sobre las endurecidas hojas.

La señora se despertó de un sueño brumoso, lleno de telarañas y corrió hacia el grito.

Se le estrujó el corazón ante el diluvio viscoso que la luz de la linterna puso delante de sus ojos: le levantó con ternura a la temblorosa muchacha, le abrazó sin palabras y suavemente como si temiera lastimarla más la condujo hasta el pequeño cuarto que compartía con la otra y la acostó con palmaditas tiernas. Luego fue a buscar un pañal -el mejor de lo que estaba preparando para su hijo- y una pala y se dio a la tarea de enterrar aquel secreto brevemente compartido.

Por mucho tiempo ambas mujeres tuvieron idéntica pesadilla: se veían convertidas en unas diminutas costillas moradas.



Jaque mate

La elegante mujer entró caminando con pasos largos y elásticos al gran salón de la iglesia, vacía a esa hora de la tarde. Su andar pleno de sensualidad y tristeza evocaba una copa de champán sobre una mesa desierta.

Caminó envuelta en los ecos de sus pasos que sonaban sonoros y profundos como en una concha acústica hasta donde se encontraba el anciano y obeso sacerdote en actitud de espera. Le saludó con un murmullo involuntario, porque las palabras se le enredaron en las sedosas cuerdas vocales, apoyó sus delicadas manos en el brazo del cura y suplicó:

-Padre, por favor confíeseme, y perdonéme en el nombre del Señor y del suyo propio, ya no puedo más.

Él amagó una caricia de consuelo, pero desistió; sin decir nada, apretándole suavemente las manos la invitó a acompañarle. Así sostenida, casi recostada en el sacerdote caminaron juntos hasta el confesionario, donde cada quien ocupó su lugar.

Él se acomodó pesadamente en el pequeño habitáculo entregándose por anticipado al raro placer que le producía las confesiones de las mujeres hermosas; no sentía culpa alguna por el ligero temblor que producía en su anatomía los relatos de placeres

culposos, mientras él bebía desde la penumbra el aliento fragante o amargo que traspasaba el visillo oscuro como un sahumero. Era un hombre casto, y éste era el único intercambio físico que se permitía, y lo consideraba tan venial como su otra debilidad que era la gula.

Ella se arrodilló y sólo dejó fluir su pensamiento, lentamente pero sin pausa como si destapara un -44- frasco de contenido viscoso: siento pena por él, padre, y una culpa inmensa por desear su muerte, cada vez con más intensidad; tengo la terrible impresión de que los días y los meses sólo pasan para mí; estoy llena de enfermedades; reales o imaginarias mientras él está cada día mejor.

No creí que duraría tanto; pero a este paso va llegar a los cien años tranquilamente.

Cuando me ofreció casamiento, pensé ¡qué osadía! Este viejo decrepito quiere casarse conmigo, desea comprarme; porque si no tuviera dinero jamás se atrevería a hacerle semejante propuesta a una muchacha que podía ser su nieta. Al principio me repugnó la idea: imaginé sus manos húmedas y frías como un sapo, recorriendo mi cuerpo como un mapa donde iría marcando los límites de su territorio, la boca fruncida como un ojal desprolijo aprisionando mis labios refrescándose de mi saliva, el cuerpo flácido cubriendo el mío como un mondongo.

Sin embargo, todos se sorprendieron de que no me sintiera halagada por la propuesta y daban por hecho el casamiento, contentísimos, como si fuera la culminación feliz de un sueño largamente acariciado.

Alegremente me empujaron hacia él.

Hasta mi madre que siempre fue tan sensata, se deschaveté con la idea de tener un yerno millonario aunque fuera viejo -tal vez cansada de chapalear en la pobreza encontró en la propuesta matrimonial la rendija para escapar de las eternas estrecheces y sin pensarlo dos veces, me dijo:

-Cásate. Los ricachones no abundan y menos los que ofrecen casamiento.

-45-

Luego tratando de apaciguarme tal vez, o acomodar su conciencia, con un discurso neutro como si hablara sola dijo:

-Cualquier muchacha puede casarse tranquila con ese viejo porque con seguridad el afán de la noche de bodas acaba con él.

Fue entonces que me entró la idea de ser rica, y gozar de los beneficios de serlo.

Viajar. Pensé: tan grande que es el mundo y yo sin posibilidades de llenar mis ojos de sus maravillas. Imaginé el azul o el verde de los mares desconocidos; la arena resplandeciente bajo el sol blanco de las playas remotas; los nostálgicos acantilados; los habitantes de las grandes ciudades como hormigas despavoridas. Y decidí en un raptó que creí de honestidad y que ahora sé era nada más que de justificación, tal vez de autoconfirmación y disculpa, sincerarme con él. Le dije que debía saber que nunca

llegaría a amarlo, que me parecía ridícula su propuesta, que aunque siempre fui medio mercenaria, en el sentido de aceptar una que otra ayudita por alguna divertida acostata nunca lo hice con ningún bisabuelo, ni con nadie que tuviera el envoltorio tan marchito -usted sabe padre que la cuestión de piel es una señal importante, por algo Dios nos empaquetó en esta red de nervios y venas- le conté también que siempre soñé casarme por amor y no me parecía tan desatinado el «contigo pan y cebolla». Él escuchó sin interrumpirme y luego dijo, con la misma voz gastada de ahora, que mi confesión me hacía más encantadora aún, y nos casamos con una gran fiesta, hace ya diez años, él tenía entonces setenta y una montaña de enfermedades que le daba el aspecto de un anciano prehistórico -46- susceptible de convertirse en humo en cualquier momento dejándome viuda y millonaria.

La prueba más terrible fue la noche de bodas: con sus besos de ventosa me convirtió en una flor morada. Yo dejé mi cuerpo para que él se complaciera a como podía, ausentándome de mí misma, ¿cree usted padre que debo dejarlo ahora y desatar lo que Dios ha unido? ¿No le parece que el señor se vio obligado a unir dos cabos imposibles y que recobraría su tranquilidad celestial al desatarlo?

Tal como era mi deseo pasamos los primeros dos años viajando. Y yo desdoblándome cada vez que él me agarraba, dejándole mi cuerpo mientras con el pensamiento huía hacia mi antigua inocencia como supongo que hacen las prostitutas, inventando engaños para esperar su muerte.

¡No! Nunca ni se me pasó por la cabeza matarlo, ya bastante mal me siento esperando cada mañana que se marche de la vida, que duerma tranquilo en la eternidad. Hasta ensayo alguna escena para mi propio teatro, sabiendo que no voy a convencer a nadie, porque nadie en su sano juicio puede creer que le ame con amor de mujer.

Usted pregunta con un tono muy sospechoso padre, pero de verdad nunca le fui infiel físicamente, claro que mentalmente le sustituía con cualquier buen mozo, en algunos momentos para no morir de asco o desprecio hacía mí misma.

Por favor, padre, usted me juzga con tanta severidad, como si yo fuese una criminal, pero no considera la parte de culpa que él tiene; sí yo me hubiera negado a casarme con él lo haría otra muchacha por los mismos motivos que yo y con el mismo resultado. Yo asumo mi parte de responsabilidad, pero la culpa más -47- grave está en la sociedad que acepta complacida y ve como natural estos negocios infames. Usted nos casó padre, y no habló una palabra sobre la agonía que me esperaba, llevó a cabo un rito desatinado y perverso como si yo no fuera una oveja de su rebaño, usted también es culpable, y se lava las manos tranquilamente como Pilatos, sin asumir su parte de pecado.

La voz clara y armoniosa fue cambiando de tono hasta convertirse en un chillido histérico que retumbó en la desierta y sombría bóveda como una mezcla de trueno y alarido para retornar lentamente al murmullo.

El sacerdote le dio la penitencia y la bendición y la vio marcharse con los hombros caídos como si los años se le hubieran echado encima repentinamente. La observó largamente a través del visillo oscuro y por primera vez reflexionó sobre la inutilidad de su ministerio; por un segundo pensó que vivía alejado de la realidad de sus feligreses, luego sosteniéndose la enorme barriga con las dos manos como una mujer sorprendida

por los apuros del parto, totalmente tranquilizado se marchó a tomar su café con leche con bizcochos rellenos.

La dama se levantó del confesionario y fue a arrodillarse en actitud contrita frente al altar mayor. Estuvo ahí hasta que un hombre joven le tocó la espalda para llamar su atención, le murmuró algo al oído y ambos salieron apresuradamente. Abordaron un inmenso auto rojo y partieron raudamente.

Él iba manejando y relatándole a ella que el señor ya había sido trasladado a una clínica, observando maliciosamente con el rabllo del ojo la reacción de ella; tal vez vio algún gesto propicio para el atrevimiento, o simplemente le falló el habitual tacto cuando le dijo en un tono casi opaco:

-48-

-Por fin usted va quedar libre...

No llegó a terminar la frase, ella le volteó la cara con una bofetada tan enérgica que le hizo perder el control del volante, y el auto fue a embestir violentamente contra un árbol.

El anciano contrató la orquesta filarmónica para acompañar el cortejo; alquiló todas las limusinas y taxis de la ciudad e hizo que todos llevaran sobre el capó una corona de claveles blancos y rosas amarillas, además encargó cincuenta mil jarrones con las flores de perfume más intenso para engalanar la avenida por donde pasaría el féretro, desabasteciendo las casas del ramo.

El aroma sensual de los claveles, el olor nostálgico de los jazmines y la tristeza de la marcha fúnebre produjo una extraña y pacífica demencia en todos los habitantes de la ciudad haciendo que los obreros abandonaran las fábricas, los niños y las maestras las aulas, los albañiles sus andamios, los pintores sus brochas y los peluqueros sus tijeras y tintes.

Los caballos corrieron sin jinete en los hipódromos y los militares soñaron convertirse en mansos labriegos de tímidos modales.

Los arroyos contaminados se llenaron de peces y los trenes pararon con sus pasajeros atónitos y felices.

Los niños de la calle abandonaron de prisa su bolsita de cola de zapatero y eufóricos le tocaron el culo a las floristas. La leche se derramó en todos los restaurantes mientras los cocineros y mozos lloraban a moco tendido sonándose la nariz en la manga del saco de sus patrones.

-49-

Los teléfonos enmudecieron y los empleados públicos trabajaron compulsivamente mojados de un sudor verdozo fosforescente.

La naturaleza perdió su rumbo hasta las diez de la noche, hora en que el toque de queda puso fin al desquicio.

La enterró con el mismo lujo demencial con que la había desposado diez años atrás.

Al regreso del cementerio, apretujado entre sus dolientes cuñadas y desconsolada suegra, descubrió maravillado y completamente confortado las pecas doradas brillando húmedas en las mejillas de la hermana menor de su mujer difunta y calculó cuánto tiempo deberá esperar para casarse con ella.

Querida Elsa

Elsa no era linda ni fea. Era etérea. Caminaba suavemente y su andar evocaba el junco dejándose mecer. La mirada diáfana de sus ojos oscuro, le daba un misterioso encanto.

En su corazón no había espacio para la amargura, aunque a veces le invadía la desesperanza. Era entonces cuando ella se dedicaba a su actividad favorita: escribía para sí misma hermosas cartas para consolarse.

Guardaba su desconsuelo mientras cumplía con las tareas interminables del día casi sin cansarse, porque se ausentaba de sí misma, imaginando palabras nuevas, puliendo¹¹ las familiares hasta volverlas cristal de roca, le agregaba colores para transformarlas en rubíes, topacios, esmeraldas, aguamarinas y construir con ellas un mundo diferente donde refugiarse, según el tamaño de sus penas. Un mundo donde las palabras tenían vida propia y podían nadar como peces fosforescentes¹² en un acuario o caminar por las calles de París bajo la lluvia como un músico joven mojado de sonata.

Había parido un hijo a los catorce años.

Nadie le dijo nada cuando su vientre comenzó a hincharse como masa de pan en los rescoldos tibios, sólo le hicieron preparar sus cosas y la llevaron del pueblo, para dejarla en un caserón sombrío lleno de perros, con una mujer de cabellera montañosa que hablaba un lenguaje de laberintos con una voz de cavernas.

En los meses de exilio pudo asociar los jugueteos placenteros en el arroyo -cuando junto al primo fueron descubriendo sus cuerpos, y dejó de avergonzarse -51- por el musgo áspero que de repente pobló sus regiones escondidas llenando de zozobras el manantial de su sangre. Los abrazos rodando en la arena caliente del mediodía, juntándose como siameses felices, explorando las profundidades frescas del agua, repitiendo el delicioso juego hasta sentir las piernas de algodón -con la barriga hinchada.

Terminadas las vacaciones el primo retornó al liceo y los días de ausencia se acumularon en sus entrañas sin defensa y la desterraron del hogar, hasta que aquel diluvio cayó en su cuerpo llevándose en naufragio las evidencias de aquellos retozos, y la devolvieron al sitio de partida más silencioso que nunca, con tareas multiplicadas y exigencias increíbles.

Intuyó más que supo que el inquilino pasajero de su vientre fue entregado a los perros, por la mujer de cabellera torrencial y un dolor de espanto se le instaló en el pecho y la despojó para siempre de su alegre inocencia.

El primo nunca volvió, y jamás se enteró de aquel saqueo violento, pero ella guardaba atada con una cinta descolorida las hermosas cartas a la querida Elsa, que noche tras noche fue escribiéndose, eligiendo las palabras claves para el consuelo.

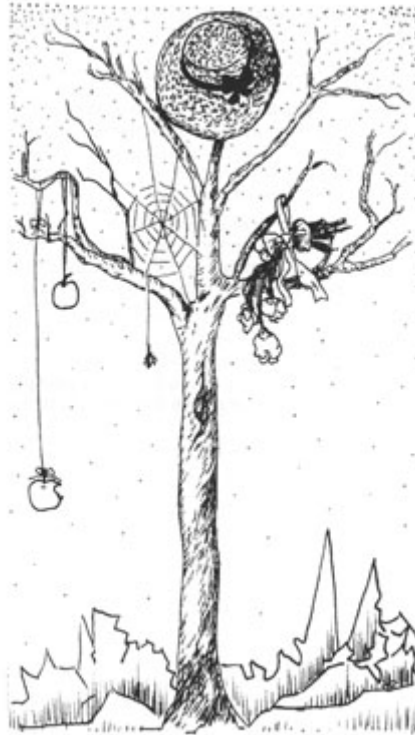
El día que cumplió veinte años se escapó de esa cárcel de servidumbre y reproches interminables, sin más equipaje que sus cartas repletas de vocablos: suaves o tristes, explosivas o sacramentales. Capaces de producir sosiego o provocar derrumbes.

Caminó casi toda la noche, tranquilizándose con los olores intensificados por el rocío que penetraba en su cuerpo como dándole la bienvenida a un universo de maravillas escondidas, hasta que en la -52- madrugada se detuvo un camión, y un hombre de sonrisa torcida la invitó a subirse; estaba tan cansada que no lo pensó dos veces, trepó a la estribera y se dejó caer en el asiento roñoso entre migas de pan, manchas de aceite, yerba y bolitas de servilletas de papel. Tras un rápido registro del habitáculo, blandamente entró en un sueño que fue poblándose de manos, sucias y enormes que la despedazaban haciendo crujir suavemente sus huesos que sonaban como los de un pajarito e iban colocando sus pedazos sobre una gran mesa, donde otras manos con uñas de animal le cubría de levadura olorosa y todas juntas la amasaban para convertirla en pan. Salió sobresaltada de su pesadilla justo antes de ser introducida a un horno que respiraba un aire rojo y frío y encontró que el hombre de la sonrisa torcida la había despojando de su falda de gitana y aporreaba sus pechos como trapo sucio en un fregadero. Con los ojos cerrados rehízo el inventario que fugazmente había registrado antes de caer en el sueño, intentando encontrar algo que le sirviera para deshacerse de ese cuerpo grasiento que intentaba introducirse en su cuerpo después de haberse metido en su pesadilla, y recordó la guampa con pie de plomo, tirada en el portaguantes abierto; le ciñó el cuello a su opresor simulando corresponder al prurito que le acosaba, abrazándolo con fuerza se fue moviendo, como acoplada al movimiento del hombre hasta asir el cuerno convertido en vaso y ahora en su mano próxima a volverse contundente arma: le dio primero un golpe fuerte y cuando el cuerpo del hombre se aflojó le dio otro y otro y otro... y la sangre que -53- brotaba de la cabeza aceitosa se mezcló con las migas de pan, la yerba derramada y las bolitas de papel.

Se zafó¹³ del cuerpo que la cubría, abrió la portezuela y saltó. El suelo húmedo de la madrugada se pegó a sus pies y le dio conciencia de que sus zapatos habían quedado adentro, volvió a abrir la puerta y rescató su calzado y una carcajada sonora la fue abriendo en tajos como un puñal.

Como un plato de oro, el sol se perfilaba tras los espinillos del campo poniendo un telón surrealista a la carcajada que parecía una convulsión epiléptica, vacía de alegría o pena cual lamento primigenio.

Desató la cinta del manojito de cartas y una por una la fue rompiendo en pedazos tan menudos casi letra por letra mientras caminaba y reía. Se sentía dueña de las palabras y dueña de su vida y por primera vez usó una palabra fuerte de significado confuso: ¡carajo!



Se cubrió de silencio

Pánfilo Martínez, fue cambiando de figura según cambiaba su lugar de residencia.

Fue agricultor en Valle Poi. En aquel tiempo era un muchacho delgado de mirada intensa donde cabía todos los sueños.

Eran seis hermanos en un pedazo de siete hectáreas de tierra empobrecida por el monocultivo y los años de uso. Descubrió la escasa magnitud de su posesión al volver del servicio militar obligatorio con los ojos empañados de tantas humillaciones.

Regresó transformado.

Cambió su temperamento alegre.

Todos coincidieron en afirmar que se había convertido en hombre. Nadie intuyó jamás el sollozo de su alma por el niño perdido.

Vivió algunos meses cavilando sobre su futuro o ensimismándose en el pasado: se veía pescando con lombrices o adiestrando la yuntita de bueyes.

Llovía rabiosamente el día que abandonó su valle. Los cabellos chorreando bajo el alero de paja disimularon sus lágrimas. En su familia no era costumbre hacer demostraciones de cariño, pero el niño indefenso que era en ese momento lo empujó a darle un rápido abrazo a su madre antes de salir.

No volvió la cabeza hasta que la lluvia y la distancia borró su casa.

En la pequeña ciudad -que debería serle familiar, por haberla visitado desde siempre, para vender los -56- pocos productos agrícola y hacer las compras elementales- se sintió perdido.

Hizo de ayudante de peluquero, de albañil, de cocinero, y por último sin saber cómo terminó siendo policía.

Pasó el tiempo.

Humillaciones...

Diminutas alegrías...

Mujeres. Hermosas. Lejanas. Altivas. Perfumadas: que se mira y no se toca.

Mujeres. Sudorosas, atrevidas, que se tocan sin mirar.

Mujeres. Limpias, generosas, de sueños simples como uno.

Ángela.

Ganaba poco pero podía mantener una familia y realizar con pasos lentos los sueños simples.

Nueve meses después del casamiento Ángela tuvo un niño.

Con qué ternura vio crecer y ensancharse las redondas caderas, la flexible cintura de aquella muchacha que representaba para él todo lo bueno que la vida podía ofrecer... pero Ángela murió y una semana después le siguió el niño.

Otra vez ensimismarse en el recuerdo, vivir para atrás: pescando con lombrices o adiestrando la yuntita de bueyes. Refugiándose en el nítido olor de la nuca de Ángela, en la fragancia de su boca sana.

Pasó el tiempo.

Lo nombraron comisario de Valle Apua, un punto perdido de la geografía, donde para llegar o salir -57- había que tener paciencia, pescar como hacía él, Pánfilo Martínez allá en su infancia, sin apuro por los vehículos que pasaban repletos de productos y racimos humanos.

Su traza había cambiado. Era como su valle postizo. Redondo. De cara, de cuerpo, de pensamiento.

Allí como autoridad se sentía bien: no tenía necesidad de hacerse el duro para ganar méritos. Era un lugar apacible y él también lo era a pesar de su oficio y su cargo. De vez en cuando hacía de juez en alguna pelea vecinal o doméstica y en sus fallos trataba de encontrar el equilibrio entre lo justo y lo generoso.

Aquel jueves salió con el recluta a esperar el paso de algún vehículo; debía remitir un informe.

Justo cuando sus pensamientos comenzaban a ser confusos en la espera calurosa del mediodía paró un enorme transganado. Habló con el chófer y el soldadito trepó a la estribera.

Ese muchachito de mirada lustrosa le removía recuerdos. Su hijo de haber vivido sería como él.

Caminó de prisa un trecho y se detuvo. No escuchó nada pero un salto dentro del pecho le advirtió que acababa de producirse una desgracia. Volteó la cabeza, el redondo cuerpo y echó a correr. Y mientras corría casi ingrávido una sucesión de imágenes lo acompañaba. Se vio a sí mismo cerca del tacho de cocido en la remota mañana del Chaco, con el trasero enrojecido por el teyuruguay. Sintió la tibieza del cuerpo de Ángela, el cuerpo de su hijo recién nacido envuelto en una gelatina rojiza. Las trenzas canosas de su madre, la carcajada blanca de su hermano mayor. Se vio desnudo en los brazos de una mujer de -58- pechos duros y redondos con pezones oscuros. Un desfile de personajes y situaciones olvidados.

Por las irregularidades del camino la portezuela se destrabó y al abrirse le tiró al chico bajo las ruedas.

El camión se detuvo como a cien metros.

Y allí estaba él.

No supo de donde salió aquella camioneta, ni cuanto tiempo esperaron, ni que palabras cruzó con los demás.

Con la delicadeza no derrotada por el cuartel, ni las sucesivas pérdidas y humillaciones, levantó el cuerpo herido, lo acomodó con ternura y él se acomodó a su lado y apoyó en su regazo la cabeza agonizante y partieron.

Al conductor le llamó la atención el pesado silencio. Disminuyó la velocidad y miró a sus pasajeros: ambos estaban inmóviles. Volvió a apretar el acelerador y no aflojó hasta un puesto de salud.

Los dos estaban muertos.

Pánfilo Martínez con sus manos regordetas sostenía la cabeza del subalterno, y en sus ojos abiertos cuya mirada comenzaba a vidriarse había una luz sorprendida y triste.

Única decisión

Esta fue mi primera y única decisión. Todas las otras, transcendentales o no en mi mundo la tomaron los otros, no yo.

Porque soy mujer.

Fui el tesoro de papá

la muñequita de mis hermanos

la reina del hogar

la inspiradora

la castradora

la sumisa

la hipócrita

la dulce compañera

la madre de mis hijos

la sobreprotectora

la angustiada

la histérica

la cansada

la plagueona

la madre resignada.

Yo nunca tomé una decisión, salvo que sea decidir entre el puchero de primera o de segunda. Entre lavar la ropa de mañana o hacerlo a la tarde.

No sé cuántos años tengo, a veces ochocientos, a veces veinte.

Generalmente ya no siento nada cuando mi compañero me voltea como un fardo y se me monta encima. Pasó el tiempo en que entrelazar nuestros cuerpos y jugar a la

guerra feroz haciendo el amor, reventaba en mi cabeza luces de colores y mi cintura se quebraba de placer, para quedarme dormida sobre unas olas azules.

-60-

Creo que tengo ochocientos años. Y no pelee por hacerme escuchar. El tiempo ensanchó mi cintura y la amargura de las cosas no dichas borró mi sonrisa.

No fui capaz de demostrar que yo no era solamente un cuerpo que deja de ser apetecible, que tenía ideas, sueños, pensamientos tontos y también profundos.

Fui demasiado buena esposa y buena madre y no me di tiempo para quererme, mimarme, de ser simplemente un ser humano sin etiqueta.

Fui feliz muchas veces.

Pero las cosas importantes, aquellas que cambian la vida de la gente o la hace más plena, no contaron conmigo.

Yo estaba demasiado ocupada y escondida para dar mi opinión.

Estaba muy cansada.

Quizás por eso tomé esta decisión. Vi el revolver y me fascinó.

Mi compañero siempre lo tenía escondido. ¿Temía algo?

Fue mi primera decisión.

Nadie expresamente me impidió tomar decisiones u opinar: ocurría esto. Primero, las mujeres no entienden estas cosas, y una no dice nada. Después lavaba pañales, preparaba comidas y creía ser feliz.

Muy despacio fui sintiendo un malestar vago que fue haciéndose más intenso cada vez, pero no podía explicarlo. Era como quedar atrás en una caminata.

Luego fue siempre así: lavar, cocinar, planchar, barrer, pegar botones, combatir cucarachas y ratones, ir al mercado, discutir precios, mentir a los acreedores, estirar la plata y envejecer.

-61-

Y, las mujeres que no entienden estas cosas.

Los hijos crecieron y se fueron.

Yo que nunca tuve tiempo para pensar en mí o para mí, de repente me encontré vacía, depreciada y casi despreciada y tomé esta decisión.

.....

El revólver estaba en su mano izquierda. Por ese dato el marido recordó que ella era zurda.

Por alguna extraña asociación el olor de la pólvora le trajo a la memoria la imagen de su mujer de varios años atrás, con su cintura pequeñita y su luminosa sonrisa.

-62-



Re-cuerdos queridos

Nombre: María Estela Pizuti.

Profesión: Kontador públi ko matrikulado.

Edad: S incuenta y sinco años.

Lugar y fes ha de nas imiento: Puerto Pinazco, 24 de noviembre de 1.929.

Se deklara domiciliada en esta ciudad desde el año ses enta. No tiene ningún familiar dire to o indire to desde el fallecimiento de su padre que se llama ba Juan Alberto Pizuti, quien tuvo la desgraciada idea de morir se cuando ella apenas kontaba siete años, según sus propias palabras.

Kargo: abuso de konfianza y robo.

Voy tek leando apresuradame te la dek laración, que más parece una konfidensia interesada a inklinar la balanza de la justisia, pero yo soy un viejo zorro alkostumbrado a lidiar con ladrones y krimi nales y me sé de memoria sus mañas; son o se kreen todos muy vivos, por lo tanto no me deyo impresiona r.

Aclaración manuscritaentre paréntesis (la máquina de la institución está tan vieja que algunas teclas saltan, y la C directamente no existe, por lo tanto donde es posible sustituir dicha letra por la «s» la «z» o la «k» la sustituyo; con todo si el texto parece una carrera de saltos de hormiga, el señor juez que entienda la causa sabrá interpretar el escrito y darle el uso correspondiente. No necesito interrogarla, en la medida que ella habla voy escribiendo textualmente su confesión):

-Komisario, permítame desahogarme: a pesar de que usted es polis ía se me ok urre que tiene algún resto de sensibilidad y tal vez pueda intentar kom prenderme. Tiene que entender. Un gesto de amor y fideli dad no puede ser interp retado como robo.

-63-

-Dios mío me siento tan mal, tan desolada, sin un alma que me entienda. Es terrible sentirse kondenada por las miradas duras y los silencios hoskos sin que nadie intente

poner el oído para escuchar los motivos profundos que van brotando como abrojos dentro de una, para explicar y explicarse el absurdo de ser ladrona, como dicen que soy.

-Siempre fui una mujer tan sola, nunca tuve familia. Creí tenerla hasta la muerte de papá, que así me crió cuando yo era muy niña.

-Nunca sospeché que aquella hermosa y hermética mujer de gran estatura que era la esposa de mi padre no fuera mi verdadera madre, pero ella no esperó que mi desconsuelo mudo le llegara al alma y tal vez preparara hasta el manantial de su ternura desbaratando su coraje y antes de que mi orfandad buscara refugio en su regazo me vomitó la increíble verdad. Antes que el cuerpo de mi progenitor se enfriara de la gran fiebre que le costó la vida, ella, esa mujer a quien llamaba mamá, me comunicó que yo no llevaba su sangre, que no me sintió latir en sus entrañas ni mi bolca tuvo como alimento sus pechos, y por lo tanto muerto mi padre no existía, según su parecer, motivo alguno para seguir conmigo, que lo único que tenía de bueno y oportuno esa muerte era que ella se iba a librar de mí; que hubiera sido mejor que me muriera yo: una pulga molesta. Todo eso me dijo con el mismo tono de voz con que me enseñó el «padre nuestro».

-Recuerdo aún su boca moviéndose despacio dejando salir las palabras como mashukadas, para explicarme sin darse cuenta que de verdad me quería de la casa, porque ella no estaba atada a mí por ningún diminuto cariño y era mejor que me fuera antes de que comenzaran a llegar los vecinos.

Me despidió suavemente como si me despediera para alguna fiesta infantil.

-Recuerdo también que entendí muy poco el significado de todo lo que me decía, pero sí tuve claro que debía dejar la casa.

-No lloré. Todas las penas y las preguntas se me juntaron en el pecho y quedaron ahí dando a mi respiración un ruido de fuelle que lastimaba mis oídos.

-Fui al cuartito que me perteneció hasta ese día y junté mis cosas en una bolsa, y antes de partir me acerqué al ataúd y le miré largamente a papá que parecía tranquilamente dormido, me llené de su olor que aún no había cambiado, hasta que mis ojos cayeron sobre el anillo que llevaba en el pulgar; sin pensarlo dos veces se lo arranqué y salí, recogí la bolsa y me marché alejándome para siempre de la que creí era mi casa y mi madre.

-No se puede usted imaginar el desconcierto, el miedo y la tristeza de una niña de siete años sola en el mundo, sin más herencia que un anillo de dudoso valor.

-Al segundo día de vagar sin rumbo con el estómago chillando como ranas en presagio de lluvia, se me ocurrió venderlo, o cambiarlo por cualquier resto de comida cuando descubrí un guayabo cargado de pulposas frutas; devoré esa carne fragante, roja y generosa hasta sentir retortijones en las tripas. Cuando me acordé de mi hambre decidí quedarme con el anillo. Me di cuenta que ese objeto insignificante era mi padre, y debía permanecer conmigo para siempre.

-Kon el tiempo la gran tristeza que me dolía como una llaga sangrante entre el pesho y la espalda fue sustituida por en una espezie de neblina suave que -65- me hacía ver todo desdibujado. Komprendí que teniendo el anillo estaba protegida y fue así. Krecí mudándome de un lugar a otro, fuí a la eskuela, estudié y kasi sin darme kuenta conseguí esta profesión. Anduve los kaminos de la vida como si no existieran senderos deskonozidos; supe que no era difícil amarle a las gentes y sentí que también podía ser amada.

-Me miraba a mí misma, comisario, y me enkontraba igual a otras, pero vivía con la idea fija de que en kualquier momento la persona querida me esharía de su lado y tendría que komenzar todo de nuevo, raziionalmente me dez ía que kualquiera está expuesta al abandono o al desamor pero la diferencia era que las otras personas podían disfrutar del momento y yo no, yo deje pasar todos los buenos momentos sin vivirlo, preokupándome siempre del mañana que podía estar vacío de toda presensia, y otra vez me enkontraría con el estómago krujiendo de hambre, los ojos sekos de tristeza y la garganta apretada por preguntas sin naser, y ahora mis seres más queridos se me fueron yendo y sólo guardo de ellas estas kosas que usted ve, y ve porque yo le muestro, sino jamás se hubiera enterado. Aquí están desde el anillo de mi padre hasta la dentadura postiza de mi primera patrona; la pierna ortopédika, de mi kasi segundo padre, la pelulka de la mujer fotógrafa que sólo tenía kuarenta kabellos lokos, que inventó historias graziosas para haserme reír y fotografiar mi sonrisa de niña triste.

-Nunka hasta hoy hise un paseo por mis rekuerdos amargos. Es komo kaminar deskalza por un parque lleno de abrojos y aturdida de silencio.

-Mi primer robo fue este paladar; tal vez quise salvar del olvido la hermosa risa de su dueña, eran unas karkajadas komo aguaseros. El segundo fue esta hebilla de nákar, fijese komo mantiene la luz -66- rizada M mar y algunas hebras del cabellito dorado, fue de la niñita que kuidé kuando yo también aún nesositaba cuidado; kon esta hebilla adornaba sus bukles rubios.

-Estos objetos me sirvían de konsuelo por unos días, porque levantados al sielo o apretados a mi korazón tenían la virtud de materializar a sus dueños, así los tenía por unos minutos, tristes y silenciosos ante mis ojos mirando sin ver y tal vez como el primer día de mi orfandad con tantas preguntas arrolladas en sus gargantas. Después fue kasi komo una religión: apropiarme de algún objeto sercano a kualquier muerto amado era protegerlos del olvido irremediable y salvarme de este desamparo sin fronteras. Así llene este nisho que usted ve, que mandé fabrikar del tamaño de la pierna ortopédika porque kalkulé que sería el objeto de mayor tamaño de mi ratería fúnebre. Al prinsipio los tenía metidos entre mis kosas o envueltos en diarios viejos, pero kon mi primer sario komo profesional desidí darles un espacio adekuado.

-No pensé nunka que alguien fuera a deskubrir esta debilidad, manía o defexto mío, como usted quiera llamarlo, y ahora que fui deskubierta sinzeramente me extraña que no me entiendan, jamás voy a merkar con estos objetos, me son demasiado amados, venderlos sería como trasionarme a mí misma. No puedo pretender que siendo polisía usted entienda, pero esas gentes que yo amé por el solo hesho de estar serka de quienes yo amaba, también miran sienten y razonan como usted y ni siquiera intentan kompender. Es más disen que robo siempre en las kasas que están de duelo, aproveshándome del deskuido en que se sumen los deudos de un fallido, y eso no es

verdad, primero: porque sólo participo y acompaño la muerte -67- de personas muy queridas, muy ser kanas a mi amor, habitantes permanentes de mi corazón, usted sabe que en cincuenta y pico de años mueren tantas gentes alrededor de una, pero sólo unos pocos dejan esa especie de manantial ardiente hirviendo en el pecho.

-Haga usted el inventario de los objetos que están en este nicho y tendrá el número exacto de muertos que acompañé y robé si quiere llamarle robo, para mí son recuerdos queridos, puentes frágiles suspendidos sobre sanjones de olvido para el trajinar de la memoria.

-68-

△▽

Un lindo nombre

María Mercedes siempre estuvo orgullosa de su nombre. Nunca terminaría de agradecer a su madre por ese nombre tan lindo; ni vulgar ni exótico. Perenne.

De niña fue Mechita, de vieja tal vez será Ña Merce, pero ahora en la plenitud de su vida disfrutaba el nombre completo. Le gustaba imaginarse el día de su muerte, con el rostro sereno como durmiendo plácidamente una siesta de invierno en domingo y los avisos fúnebres con su fotografía de muchacha sonriente y sin ningún sobrenombre ni apelativo entre paréntesis, sólo María Mercedes Q.E.P.D.

En cualquier reunión donde estuviera alguien desconocido, tendía la mano y un calorcito de placer le recorría el cuerpo: soy María Mercedes, se presentaba con su cálida sonrisa.

Se matrimonió a los quince años con otro bonito nombre: Federico. Eran lánguidamente felices juntos a pesar del hilito de frustraciones cotidianas, de sueños truncos, que cada uno arrastraba.

Ella hubiera querido ver su nombre en un título universitario con letra de calígrafo en tinta china, y ser una profesional cuya opinión fuera siempre importante: que sus conocidos dijeran a los desconocidos de ella: «María Mercedes dice que el idioma guaraní logró afianzarse en el alma de la nacionalidad a través de cuatro épocas bien definidas: la república jesuítica, la república del doctor Francia, la guerra de la triple alianza y la guerra del Chaco», o mejor «ella me explicó en términos sencillos cuáles son las posibilidades reales de una conflagración nuclear en la era de acuario».

-69-

Pero no; se casó con apenas el ciclo básico, y Federico no quiso saber nada de que ella retomara el estudio, pronto llegaron los niños uno tras otro y por un largo trecho arrinconó ese anhelo.

Sin embargo los hijos crecieron más rápido de lo esperado, ya estaban terminando el colegio y ella seguía tan joven.

A esa altura de sus vidas, tal vez Federico ya no opondría objeciones a que ella estudiara, pero una especie de tonto pudor no le permitía a María Mercedes plantear ese punto. No obstante ella hacía todos los cursos que pudiera hacerse por correspondencia: tenía un montón de certificados y títulos sobre las disciplinas más diversas, pero el mismo sentimiento que le impedía plantear la vuelta a las aulas le impedía también colgar en las paredes de su hogar las acreditaciones académicas obtenidas por correo.

Era una lectora voraz, y en el reducido tiempo que le dejaba su profesión de ama de casa y reina del plumero, la escoba, los bizcochuelos y las sábanas almidonadas y toallas hervidas se mantenía muy informada; conocía profundamente tantos temas, y una rebeldía rencorosa y oscura le invadía ante la falta de honestidad de algunos amigos que hablaban sin vergüenza alguna sobre cualquier asunto mal conocido o totalmente ignorado. Sentíase descalificada y hasta despreciada por esas personas que no la tenían en cuenta en el momento de dar datos falsos o incorrectos u opiniones dignas de oligofrénicos. Una furia tormentosa se le atravesaba¹⁴ en el pecho, por lo que consideraba una grave falta de respeto.

Aquella noche Federico no fue a dormir a la casa por razones de trabajo, y ella acompañó a unos amigos a una cena de homenaje a un personaje de -70- moda. Llegó de tan buen ánimo, irradiando tan buena onda, que el homenajeado fue a saludarla y se quedó charlando con ella casi durante toda la velada, y en el momento de ocupar el lugar de honor que se le había asignado en la mesa la invitó a sentarse a su lado.

Terminó el discurso, la cena y el postre y la conversación se generalizó; ella como siempre escuchó con atención lo que decían los supuestos entendidos y por primera vez en su vida de «MARÍA MERCEDES PINTOS DE BLANCO acreditada por esta Universidad, por haber llenado todos los requisitos de la educación a distancia» no se sintió herida ni rabiosa por las estupideces rimbombantes. Dejó que todos dijeran todo, y en el espacio de silencio entre los interlocutores, se pasó con delicadeza de niña bien educada la servilleta de lino blanco por la boca, se levantó despacio con la gracia olvidada de Mechita, pidió disculpas con la voz reposada de María Mercedes madre de tres adolescentes encantadores y esposa casi feliz de Federico Blanco, para hablar finalmente con firmeza y seguridad, sin falsa modestia ni orgullo tonto; sin ánimo de hacerle sentir incómodo a los charlatanes con título, sino simplemente para sentirse respetada y exigir respeto de quienes siempre tuvieron el monopolio de la palabra.

Con voz clara y el lenguaje sencillo de quien sabe lo que dice citó datos y fuentes, dio su opinión y su pronóstico y se sintió tan feliz y humilde como cuando a los diecisiete años le dio el pecho por primera vez a su primer hijo.

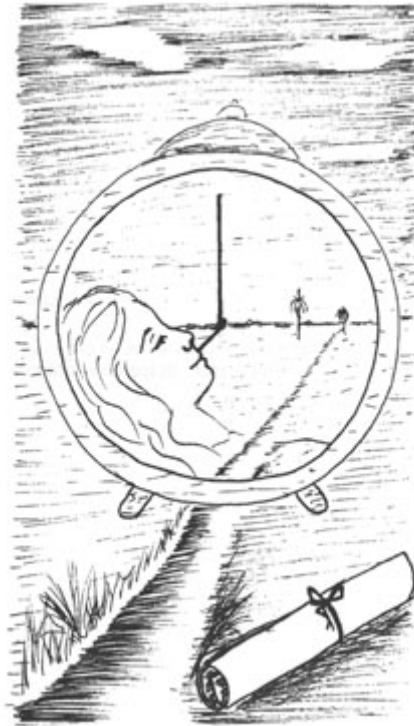
Volvió a su casa a la media noche. Mecha, Federico y Ricardo no habían regresado aún del festival de rock -71- y se encontró sola y eufórica, entonces decidió practicar su autohipnosis que venía postergando desde hacía tiempo; escribió una nota para sus hijos, que decía simplemente: no me despierten. Les quiero mucho. Mamá.

Marcó las ocho en el despertador, regalo de una amiga en su décimo aniversario de boda, -al día siguiente era sábado y no tenía que madrugar- se puso el camisón más

bonito, una gota de perfume tras las orejas y se acostó. Respiró hondo hasta sentirse relajada desde la lengua hasta los pies. Cuando su cuerpo adquirió la levedad de la pluma se dio la orden: contaría desde cien y al llegar a uno se quedaría dormida hasta despertarse con la musiquita del reloj.

Al «junghans» alemán nunca le habían cambiado la pila y nadie ni nada pudo despertarle a María Mercedes.

-72-



-73-

△▽

De golpe y porrazo

Nicasio, Juan Francisco y Apolonio, nacieron la misma fecha del mismo año, en diferentes puntos de un mismo departamento. Se conocieron orillando los treinta años.

Emigraron tiempo atrás al país vecino por idénticos motivos: falta de trabajo.

Hasta que se encontraron cada uno por su lado estuvo haciendo el mismo oficio de albañil -la industria de la construcción era la que absorbía¹⁵ mayor cantidad de mano de obra no calificada, y especialmente la de migrantes indocumentados-. Se encontraron por primera vez en una farra, recién separados de sus respectivas esposas, se

reconocieron y juraron como niños no separarse nunca: a los tres les gustaba las mismas pobres cosas.

Nicasio sabía pulsar la guitarra, la abrazaba como a una mujer amada y sacaba de sus entrañas acordes melancólicos; Juan Francisco aporreaba el acordeón con más placer que arte y Apolonio tenía una voz agradable.

Formaron un trío.

Por un tiempo fue común verlos animando cumpleaños y casamientos en las villas miserias. Se sentían grandes estrellas cuando eran solicitados a posar con novias cuyos vestidos a la hora de la fotografía ya estaban tajeados por los desacostumbrados tacos o con niños llorosos porque les apretaba los zapatos nuevos.

Tiempos de gloria.

Decidieron volver al terruño y tentar suerte.

-74-

Cada uno compró un par de linda ropa según sus gustos y posibilidades, algún que otro regalo y regresaron como habían ido: con el mismo despacioso tren, y la cabeza llena de sueños.

Se pusieron de acuerdo en que cada uno iría a su pueblo por un mes a visitar a los parientes y gozar del cariño acrecentado por la ausencia, recordar el pasado, enseñar las coloridas fotografías y disfrutar el suspiro de algunas muchachas de mirada lánguidas.

Se reencontraron el día señalado y en el lugar previsto: la estación. Compartieron una cerveza tibia y un pollo medio crudo, mientras planeaban el futuro.

Alquilaron una casita en las afueras del pueblo, compraron algunos cachivaches indispensables, y el último dinero que les sobraba fue invertido en publicidad; un cartel grande que decía: TRÍO LOS AMIGOS, CONTRATAR AQUÍ; y cien tarjetas con la misma leyenda y la dirección.

Para lo que ellos ambicionaban les fue muy bien. Pagaban holgadamente el alquiler, comían y bebían y sobraba plata para el sueldo de la mujer que contrataron para las tareas domésticas.

Por un tiempo abundaron los contratos, que consistía en realidad en discutir un poco los precios según la distancia, el transporte y la cara del cliente, para cerrarlo con un apretón de mano, más seguro que cualquier papel escrito.

Eran muy queridos.

El recuerdo de las esposas se había diluido, eran figuras borrosas y lejanas y ya ni siquiera les quedaba la memoria de algo compartido.

-75-

Poco a poco las contrataciones mermaron, mientras el consumo de bebida iba en aumento y el cariño que se tenían rebasaba el cauce¹⁶ tranquilo de la ternura, para chapotear el agua espesa de la pasión.

Una noche en que estaban en un escenario improvisado de tablones y arpillera, borrachos como casi todos, se les acercó tambaleante un hombre y le pidió a Apolonio que cantara una canción.

-Ndo roicuai la nde pedido cuate. Ni en sueño ndo rohenduiva- contestó éste riendo entre hipos, coreado por sus amigos. El hombre se indignó por lo que consideró una burla, extrajo un revólver de su cintura y disparó la única bala con tan extrema puntería que le dio justo en el pecho.

Apolonio cayó muerto sin que se le apagara la sonrisa.

Juan Francisco y Nicasio sintieron en sus pechos el mismo ardor mordiéndole la vida y simultáneamente decidieron que el amigo más querido del difunto debía ir a buscar el cajón. Juan Francisco creyó que él era el indicado porque Apolonio sutilmente lo había preferido siempre; Nicasio replicó que el fallecido jamás había ocultado que él, Nicasio, era su amigo favorito.

La discusión fue subiendo de tono, hasta que en algún momento ambos estaban empuñando unos artísticos puñales -único recuerdo de un domingo en el mercado de pulgas de Buenos Aires, cuando estrenaban la ternura varonil recién descubierta, y compraron muertos de risa, lo que el vendedor, un viejo español les explicó que puñal viene de puño, y quiere decir lo que se maneja con él, además de un gemelo de plata para el amigo ausente-.

-76-

Seguían peleándose en cámara lenta sobre el escenario, y los puñales producían pequeños relámpagos en la luz incierta de cuatro «petromales» ante la mirada atónita de un público fantasmal, hasta que se apagaron los reflejos y ambos cayeron pesadamente abrazados y los finos relámpagos de convirtieron en lluvia espesa y roja.

-77-

△▽

De-lirios

Si luchamos contra las injusticias ya estamos realizando milagros...

(Victoriano Centurión, dirigente campesino)

«Los lirios son plantas herbáceas, vivaz, de la familia de las iridáceas, con hojas radicales, erguidas, ensiformes, duras, envainadoras y de tres a cuatro decímetros de largo; tallo central ramoso, de cinco a seis decímetros de altura; flores terminales grandes, de seis pétalos azules o morados y a veces blanco; fruto capsular con muchas semillas, y rizoma rastrero y nudoso.» Lee en silencio moviendo apenas los labios.

Siempre sintió fascinación por esta planta. Desde el vientre de su madre cuando aún era un pez de memoria cósmica creyó tener algo de ella; en la medida que fue creciendo en esa agua blanquecina y comenzó a mover los brazos y las piernas diminutas percibía esas extremidades como las cintas verdes que son sus hojas. Su rancho es un bote varado en un mar de lirios azules, morados y blancos, que con su lánguido perfume nocturno convierte en lana suave sus músculos agarrotados de cansancio; florecen también con modestia los hediondos, esos lirios tan bellos y tan tristes con sus seis pétalos azules y amarillos prisioneros en su olor nauseabundo.

Envuelto en esa mezcla de olores, mientras sus ojos descansan en la superficie azulamarillo de la alfombra de pétalos, rememora aquella cacería. Desde el fondo de su ser siente subir un líquido tibio que brota del gotero diminuto de sus ojos mojando su cara morena con una lluvia salada de ternura y nostalgia por los que cayeron: Estanislao, Mario, Secundino, Gumercindo, Adolfo, Feliciano, Reinaldo, -78- Federico, Concepción y Fulgencio. Los imagina abrazados como hermanos queridos en alguna fosa ignorada. Era él quien debía ser cazado pero su cuerpo, una vez más, se opuso a la muerte con tanta fuerza, que produjo el milagro de extraviar a los perseguidores. Tras sus pasos brotaban estos herbáceos ya florecidos y su aroma llenaba de congoja y desconcierto a los acosadores, que iban abriéndose camino a machetazos.

Veía desde su escondite, como apenas dejaban un claro para dar un paso volvían a brotar más profusas aún y las hojas amputadas parecían látigos teñidos de sangre. Dentro de esa maraña sanguinolenta donde los rasguños¹⁷ y las lágrimas se llenaban de flores poniendo en el aire un olor dulzón y triste llegaron, con su jauría de perros. Por un momento perdió las esperanzas; una perra corrió directamente hacia el matorral que lo escondía -tan precariamente que más que un fugitivo condenado a muerte parecía estar jugando- y en vez de ladrar denunciando su presencia gimió como lastimada un momento, y luego se marchó con la cola entre las piernas. Pasaron sin percatarse de su presencia.

Fue entonces que supo con certeza que su cuerpo no era solamente un amasijo de músculos, con una red de nervios, venas y huesos envueltos en cristal líquido, sino además estaba compuesto de lirios y palabras nunca pronunciadas, de intensos miedos, de heroísmos, cobardías y posibilidades de gozo corriendo por canales misteriosos.

Recibió el primer signo de milagro cuando maniatado lo dejaron en el cuartito destinado a los interrogatorios.

Mientras decidían, truco mediante, quien elegiría la forma de matarlo después de ser interrogado, el prisionero mirando el extenso mandiocal desde la ventana de su improvisada prisión no podía convencerse que ese día era el último de su vida: siempre supuso que la muerte le daría alguna señal antes de venir a buscarlo y hasta ese momento no había percibido ningún indicio de su cercanía; sin embargo no tenía escapatoria; los verdugos estaban sorteando su vida con un mazo de barajas y quien ganara el juego decidiría de qué manera acabar con él. Cerró los ojos resignado a morir a destiempo, cuando sintió que sus ligaduras se aflojaban como si se hubiera reducido el tamaño de su cuerpo, se paró y la soga cayó blandamente, entonces saltó por la ventanita y echó a correr en zigzag¹⁸ entre los liños despeinados. Segundos después todos corrían tras él recriminándose unos a otros no haberle puesto una bala en el corazón en el momento oportuno, y entre las órdenes gritadas con furia escuchó que alguien ingenuamente decía: -él co tiene luego un paje muy poderoso, y la bala no le entra en el cuerpo. Sólo alguien que tiene un poder más poderoso puede acabar con su vida -otra voz agregó. El que se le enfrente no debe mirarle a los ojos, porque su mirada tiene magia. Las voces fueron acalladas por dos sonoros manotazos, y un crujir de dientes rotos; él corría aturdido por los ladridos furiosos de los perros, los estallidos ininterrumpidos de las balas y el humo de pólvora que teñía de gris el atardecer poniendo en su garganta un cosquilleo que pugnaba por convertirse en estornudo, hasta que sus pies entorpecidos de cansancio tropiezan con una mata y cae y queda allí enroscado como una serpiente, y a medida que los escucha -80- acercarse se le vuelve veleta el pensamiento. Quiere creer que sus compañeros están a salvo, por lo menos los niños y las mujeres; escucha el fragor de su sangre bombeada por el corazón que salta dentro del pecho como un gran pez agonizante; recuerda el pizarrón como una superficie líquida donde navegan las tres proposiciones escritas y el nombre de quienes se inscribieron para llevarla a cabo. La decisión unánime de que un grupo llegara a la capital a reclamar con las formalidades del caso el pedazo de tierra que generosamente había parido el maizal, amarillo en ese entonces por las espigas florecidas, la melena rizada de las alubias peinada por la brisa del amanecer y la certeza fugaz de estar en el camino apropiado. Más que ver imagina el tropel azorado de los soldaditos arrastrados a aquella persecución. ¡Cuántos de los que corren tras él serían como sus hijos y como los hijos de sus vecinos!: pobres, atorados de necesidades e injusticias; impúberes arreados en canchitas de potreros o boliches sin memorias, y siente con más fuerza aún que la tierra no debe ser sólo el pedacito minúsculo de la sepultura sino el espacio preñado de bienestar posible, fue entonces que vio el monte de lirios florecidos tras sus pasos y descubrió que los arañazos se iban llenando de flores rojas y que el milagro era posible, por segunda vez en tan poco tiempo.

La claridad del día se fue y una lluvia torrencial desaguó el cielo entre rayos y centellas poniendo unos lamparones súbitos en la negrura del montecito que había logrado alcanzar arrastrándose como un lagarto desde el mandiocal mientras en sus oídos zumbaba el tambor de su corazón mezclado a los gritos de sus perseguidores.

Vencido por el cansancio se acomodó en el hueco de un árbol caído y entró en un profundo sueño; le -81- despertó una mano que le sacudía del hombro con suavidad, era una mujer que le llevaba noticias y comida; así se enteró que hacía tres días que estaba dormido y que la batida inexplicablemente se había trasladado a otros sitios.

Durante dos semanas, esa mujer de quien sólo sabía que en medio de la angustia de la balacera y los allanamientos había dado a luz, sola y a los apuros, un sabio pequeñín

que lloraba en sordina, le mantuvo informado y alimentado, le contó de los muertos y del miedo oscuro que se instaló en las gargantas como un líquido viscoso y asfixiante. Él tratando de corresponder tanta generosidad le ofrecía hierbas prodigiosas que aquietan la tristeza, para que no se le cortara la leche, emplastos de grasa de animales silvestre para los retorcijones de barriga, raíces milagrosas para dolencias múltiples del cuerpo y del alma, oraciones para desagusanar terneros, curar ojeos y aliviar el dolor de muelas; cortezas aromáticas para sahumeros del buen amor. Le enseñó las claves para descifrar el canto de los pájaros y el comportamiento de los animales domésticos, le escribió en el suelo las palabras sacramentales para deshacer la envidia y exorcizar embrujos malignos, y una noche guiado por ella se acomodó en la baulera de un auto y salió a buscar asilo.

Por las rendijas del capó destartalado vio la bóveda de terciopelo azul oscuro sembrada de perlas y diamantes como un muestrario de joyero y supo que volverá para morir sin sobresaltos bajo ese mismo cielo estrellado; esa certeza aquietó su pulso, licuó su saliva espesa, languideció sus párpados y le condujo al territorio del sueño.

-82-

Todavía dormido llegó hasta una embajada y quince días después voló aturdido, sobre espesas nubes de algodón a un país donde los pobres vivían amontonados en los cerros hasta que cualquier día eran arrastrados por temporales furiosos con sus cachivaches de latas y sus niños eternamente resfriados.

El sitio duró tres meses y los niños de «campo lirio» -como le bautizaron las gentes al lugar- perdieron el hábito de jugar y comer frutas silvestres, horrorizados por los pájaros de metal que llenaban de temblor sus frágiles huesos y taponaban sus oídos con una cera de silencio y sólo se sabía de sus existencias por el zumbido de abejas con que tarareaban bajo las camas con los labios apenas despegados «pan y bolito querosén iyescaso no hay caso, no hay caso, no hay caso».

Las mujeres grávidas enterraron sus sietemesinos muertos de susto entre las matas de lirios y los ancianos se echaron a dormir en los campos arados que esperaron inútilmente las semillas.

El lirio fue proscrito por el general en florerías y en clases de botánica y floricultura; también fueron desterradas antiguas costumbres como la serenata y el rosario cantado; el tupaitu y la misa de gallo.

Muchas palabras del diccionario y algunos léxicos populares fueron halladas culpables de sedición y condenadas por los jueces a varios años de cárcel; unas cuantas murieron en prisión y otras salieron muy debilitadas sin ánimo para prestar ningún servicio; por lo tanto los habitantes tuvieron que inventar en su reemplazo señas y morisquetas que también fueron condenadas y al final sólo quedó un silencio incómodo que poco a poco fue llenándose de nuevos y -83- quebradizos vocablos cuyos significados a nadie importaba, porque eran fugaces, y podían ser cambiados según la ocasión y la conveniencia. Pero el general también fue proscrito por otro general de sonrisa campechana y cabellos teñidos, en una noche de fiesta patronal entre tanques y morteros, mientras un cantante de boca de durazno cantaba boleros para delicia de románticonas viejas que le escuchaban embelesadas desde los balcones.

Entonces las puertas cerradas por tanto tiempo se abrieron y la risa salió a la calle a sentarse en los bancos de plazas, para que los fotógrafos la capturaran con sus cámaras, las lágrimas se cristalizaron en los rostros como diamantes sin pulir y alguien puso en las manos de San Blas una pantalla gigante de caranday, para espantar el calor de tantas velas prendidas a su nombre borrado del santoral y súbitamente reivindicado como patrono milagroso.

Entre quienes entraron en tropel alegre, embriagados por el perfume de los jazmines y las madre selvas, y el bultito de recuerdos guardados en los resquicios profundos de sus memorias, también él regresó.

Cada vez con más frecuencia el invierno se demora en sus huesos, pero su corazón de primavera florece entre tantos lirios, recogidos a brazadas llenas para ser enviados en furgones refrigerados a los centros urbanos, y, envueltos en celofán y cintas poner color y aroma a grises oficinas o adquirir un lenguaje propicio para el amor o los adioses -por aquellos niños silenciosos que cantaban con los labios apenas despegados debajo de las camas «pan y bolito...» convertidos en mujeres y hombres, con -84- sueños simples y rotundos. Siente que el aire se llena con la sonoridad de sus risas, y entra en su sangre como un sonajero de promesas que poco a poco se aquieta mientras cae la noche y el cielo se llena de puntos brillantes como un muestrario de joyero.

-85-

△▽

Juan Laguna

(A Catalina Ruiz Díaz, porque tuvo el privilegio de vivir un gran amor)

No sé porqué te llamé Juan Laguna. Podía haberte inventado un nombre glorioso, como Alejandro, Felipe, Augusto o Marco Aurelio, pero yo quería un nombre que me diera tu imagen exacta, que al pronunciarla invocara tu infancia de bolitas y trompos, de frutas aún verdes mordida por tu ávida boca de niño; un nombre que trajera hasta mí, las tardes de potreros y arroyos y el desconcertante asombro ante la trabazón erótica de las perras en celo; la rudimentaria higiene de lavarte las manos con saliva después de escarbar con ella la tierra buscando lombrices. Tu alegría supersticiosa durante los aguaceros con sol festejando los esponsales del diablo.

Cuando descubrí tu ternura florecida en cada poro, tu pasión recién estrenada y la tristeza que apagaba de tanto en tanto la luz de tu mirada quise tener un mapa de tu vida e inventé el itinerario de tu existencia con ese nombre, y desapareciste de mi vida sin que yo supiera con cuál te bautizaron. A veces creo que vos no exististe nunca, que no sólo inventé ese nombre sino también tu presencia fugaz en mi vida; que tal vez fuiste la letra de algún bolero escuchado en una medianoche de nostalgia; pero no, yo palpé las cicatrices de tu rodilla y aspiré tu olor a tierra mojada; aún siento en mis manos las asperezas de tu barba crecida y puedo escuchar tus susurros de amor.

Hoy recorro a ese nombre para saltar la laguna de mi memoria y reconstruirte después de tantos años, y sólo recupero tu cuerpo amoratado, el piolín de sangre seca colgado de tus labios, aquel -86- cuerpo extraño vacío ya de la carga de alegrías emociones o tristezas, que arrastrada de los cabellos me llevaron a reconocer; entonces cierro los ojos y los oídos y me dejo guiar sólo por el olfato. En realidad por la memoria del olfato, para recuperarte desmemoriado y sin nombre con tu piel apenas humedecida en los ajetreos de amor.

Guiada por el olor a tierra mojada, tanteo con las yemas de los dedos construir tu cara, suavemente trazo el contorno de tu boca y tus ojos, y te recobro con tu sonrisa de espiga, dibujo payasitos en tu frente y lentamente como un ciego que aprende a leer voy andando por el mapa palpitante de tu cuerpo para detenerme en el misterioso costurón de tu rodilla y escucho mi propia voz preguntando

-¿De qué es esta cicatriz?

-Huellas, tal vez descuido.

Tu respuesta me incomoda como si yo tuviera algo que ver con ese costurón.

Fueron sólo dos semanas de encuentros furtivos y desesperados.

¿Cómo te conocí? Fue en la casa de algunos amigos prohibidos, gente fascinantes por vivir en otros mundos, me llamaban «niña rica» sin ningún atisbo de burla o resentimiento, me aceptaron alegremente y cuando hablaban de cosas que yo no entendía sólo me pedían silencio con el dedo sobre los labios, y poco a poco fui descifrando sus enigmas y te cuento con orgullo que nunca olvidé el mandato de silencio.

Aquella noche me llamó la atención el incendio de tus ojos negros y tu aire desamparado, te invité a bailar y luego te secuestre con una osadía más fingida -87- que real, no pregunté tu nombre, supe después que te llamaban comandante Juan, yo te registré para siempre como Juan Laguna. Me introduje en tu sangre con la prisa ardiente de la mía y desde ese día todo adquirió un color diferente en mi vida. Eras tan simple y profundo, tan descomplicado y misterioso; tu lenguaje era una clave a descifrar y sólo el vacío definitivo de tu ausencia me permitió decodificarlo.

Pensaba que las palabras lucha, justicia, libertad, igualdad, eran vocablos aburridos inventados para discursos guerreros y nunca antes de conocerte pensé que podían tener significados tan hondos, claros y precisos ni que podían sonar como masticadas con azúcar.

Tenías un sentido del humor incomparable y tu risa fácil era una escoba capaz de limpiar todos los corredores de tristezas. ¡Cómo te querían! Era imposible sustraerse a tu risa enorme que abarcaba toda la alegría y el placer de la tierra.

Cuanto te amé amor. Y aunque duró tan poco y tuvo un final tan trágico le agradezco a la vida por haberte encontrado, por permitirme vivir esa sensación de eternidad que fue nuestro encuentro.

Dos semanas Juan Laguna. Dos semana recorriendo el territorio de tu cuerpo macizo y fuerte como un árbol centenario, suave y dulce como un panal de miel. Dos semanas caminando en punta de pies la superficie lunar de tu alma. Dos semanas de ensueños y una madrugada de pesadilla.

Mi padre taladrándome con su mirada de piedra, con la boca duramente cerrada, mientras los otros me arrastraban de los cabellos, sin que él amagara ningún gesto de defensa.

-88-

-La puta de su hija coronel, hace dos semanas que se hace coger por ese desgraciado, aprendiz de guerrillero-.

Mi madre murmurando plegarias con los ojos secos y desorbitados; y yo refugiándome en tu recuerdo convertida en caracol, larva, oruga o embrión desmemoriado.

Dije con una voz de puñal que apuntaba directo al corazón de mi padre, que como todo militar edulcoraba su vida con frases de radioteatro «por amor se hace todo» sin haber llegado jamás a pisar el territorio de leche y miel de los amantes:

-Sí, me acosté con él como con muchos otros, pero no conozco sus actividades, no es mi costumbre interrogarle a los tipos para abrirle mis piernas-; y mirando tu amado cuerpo convertido en carne oscura y tumefacta mientras la laguna de tu nombre inventado me ahogaba el alma, agregué:

-A rey muerto rey puesto, alguien ocupará su lugar en mi cama -y con la detestada soberbia de mi padre «el coronel» terminé:

-Desháganse de este fiambre antes de que apeste y pídanle disculpas al coronel, no tenían derecho a llamarle puta a su hijita del alma, al fin y al cabo yo no cobro.

Te recupero de tanto en tanto en el olor de la tierra mojada y agradecida por los torrenciales aguaceros con sol de los veranos calientes y me envuelve la luminosidad de tu sonrisa en los arcoiris que beben en los charcos del patio y me río imitando tus carcajadas de manantial corriendo entre piedras blancas, mientras la laguna de tu nombre inventado me ahoga el alma. Los locos me miran y poco a poco sueltan la risa que suenan con las cinco vocales: ja ja ja je je je ji ji ji jo jo jo ju ju ju.

-89-

△▽

Catarsis

Me di cuenta que nadie en la casa me necesitaba sino más bien yo sobraba en todas partes; no puedo decir que molestara porque seguía siendo una empleada de lujo y con

lujos; sabía que era cómodo -aunque pasara inadvertido- para los demás encontrar la casa siempre reluciente, ordenada con buen gusto, la mesa bien servida, la ropa en orden, los espacios de cada uno protegido menos el mío. Decidí después de mucho cavilar, empezar una nueva vida, no le hablé a nadie de mis planes porque sabía que me desanimarían, además, supuse que no hay dos sin tres y si le contaba a una, la noticia rodaría y las bien intencionadas amigas tal vez lograrían convencerme. Parecía una locura abandonar la cómoda vida de oropeles por una existencia totalmente incierta. Todo por derecho era mío y de mi esposo, pero en realidad sólo él podía disponer de ese «todo».

Abandoné los estudios para casarme, no lo iba a necesitar pues mi marido era ya profesional y venía de una familia acomodada. Hasta que llegue al umbral de la madurez no me importó que mi familia política sacará a relucir mi origen pobre y asumí como natural servirles a todos como un miembro más de la numerosa servidumbre. Mi recién estrenado marido se mostraba satisfecho sobre mi manera de ser tan discreta sumisa y servicial. Me amó suavemente y de tanto en tanto apaciguaba con su ardor el fuego que adivinaba bajo mis pestañas inquietas detrás de los manteles de lino almidonado o el vaso de jugo que le llevaba a mi suegra sin inmutarme por la severidad de su mirada. Después llegaron los hijos y mis tareas se multiplicaron en la medida que disminuía el margen de error que se me concedía. No sólo crié a mis hijos sino a la prole de mis hermanos políticos y cuidé la agria ancianidad de mis suegros hasta que felizmente -90- murieron en mis brazos sin ningún gesto de agradecimiento, los niños míos y ajenos crecieron y se fueron y yo supuse que a partir de ahí tendría tiempo para disfrutar de la esquiva compañía de mi esposo, pero hete aquí que a él no le interesaba, él andaba inyectándose sabia joven con una amante menor que nuestro hijo menor, y con profundo asco imaginé a mi cónyuge desnudando sin pudor su cuerpo gastado frente a otro cuerpo rebosante de juventud y energía, metiéndose entre las piernas de una adolescente con el Jesús en la boca por temor a una erección fallida, sudando de angustia por impresionar como un amante experimentado capaz de descubrir todos los misterios en esa geografía deslumbrante, calculando según los informes de «Master & Johnsons» cuáles son las claves para llevar al cielo a una muchachita tan avivada y al mismo tiempo tan inocente.

Realicé un minucioso inventario: mis nueras me buscaban cuando le fallaban sus niñeras o tenían amigos a cenar de improviso para pedirme algunos platos ricos de esos que «vos sabes hacer también». Yo calculé el tiempo que me sobraba sin achaques, y tomé la decisión de cambiar la seguridad de una vejez-todavía lejana -fríamente cuidada, por la incertidumbre de unos pocos años plenamente vividos. Vendí las joyas que en los tiempos de servicio activo me había merecido, redacté una carta de adiós sin dramatismo, donde no mencionaba a la amante joven que en realidad dolía como quemadura, y para que nadie se molestara en buscarme picado por el abejón de alguna culpa deslicé sutilmente la idea de que me marchaba con un hombre.

Me acomodé en un hotelito sobre la calle Paraguay y puse el siguiente anuncio en los dos periódicos de más tirada: Dama culta, amante de los clásicos franceses y el jazz se ofrece como lectora interlocutora de solitarios-as.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

